

El asedio

Ricardo López Aranda

PERSONAJES

MAURICIO.

MARÍA.

JAVIER.

PILI.

ERNESTO.

MARUJA.

CRISPÍN.

MANUELA.

MARGOT.

ALFREDO.

CATALINA.

DON DEMETRIO.

CLOTILDE.

MIGUEL.

LA ABUELA.

MATILDE.

MARCELO.

AGUSTÍN.

ENRIQUE.

GUARDIA.

AMPARO.

CARLOS.
AMADEO.
LUCAS.
EL ABUELO.
RODOLFO.
ANDRÉS.
ROMUALDO.

Escena I

Después de hacerse el oscuro en la sala y antes de que se levante el telón, todo se puebla de extraños gritos agudísimos; gritos evidentemente no humanos pero que algo da a entender que son, desde luego, emitidos por seres vivos, quizá grillos o ratas. Al levantarse el telón estos gritos se convierten en verdaderos aullidos y se multiplican en los altavoces, dando la impresión de que una enorme multitud de gigantescos grillos o ratas se manifestaran en la plaza mayor de la gran ciudad. De pronto sobresale entre todos un grito más agudo y patético; los demás cesan y queda tan sólo un grito vibrante, agigantado, hasta que nuevamente estallan los demás, envolviéndolo como una catarata; mientras se va haciendo la luz en el escenario.

El decorado es una gran sala rectangular que representa la habitación más grande de una casa de barrio. Mobiliario realista.

En el panel de la derecha hay dos escalones que conducían a la puerta de la escalera, pero esta puerta está inutilizada por aspas sólidamente clavadas al marco de la puerta.

El panel de la izquierda tiene en primer término un gran boquete por el que entran varias quimas de un árbol gigantesco cuyo pie se pierde hacia abajo, en el vacío.

Del panel del fondo se conserva tan solo la mitad derecha; la otra mitad ha desaparecido, quedando de ella tan solo algunos trozos de la escuadra; a través de las grietas y las desconchaduras de las blancas paredes surge el rojo vivo de los ladrillos como manchas de sangre; por el enorme hueco entran los brazos gigantescos de otro árbol cuya base se pierde en el fondo de lo que se supone sería antes el patio vecinal.

Tanto en este árbol como en el anteriormente señalado hay una serie de planchas o pasarelas de madera que, formando pequeños puentes sobre el vacío, comunican este piso con el superior por arriba, y el resto de la casa hasta el primer piso por abajo.

El trozo del panel del fondo derecha se ha desmoronado a la altura de un pasillo en el que se ven dos puertas a la izquierda; toda la parte derecha se ha derrumbado excepto un trozo que el embollado hace sospechar sería el retrete o la cocina.

La parte habitable está abarrotada: bicicletas, una gran jofaina de porcelana blanca y un gran baúl, etc.; al fondo izquierdo como un puente tendido entre el árbol de la izquierda y del que sólo asoman algunas ramas; esta pasarela tendida sobre el supuesto vacío hace las veces de calle y las escaleras de madera claveteadas sobre los dos árboles hacen las veces de las escaleras de vecindad, ya que las verdaderas se suponen derruidas.

Por el hueco del fondo y a través de las ramas del árbol se ve el cielo; y el conjunto debe dar la sensación de que el árbol ha crecido en el hueco del patio de vecindad y ha ido derribando poco a poco las otras casas. En algunas quimas hay cuerdas que hacen de tendales, en los que hay colgadas algunas prendas.

En primer término derecha, un trozo de balcón con macetas, residuos de lo que fue la pared frontal destruida casi en su totalidad.

Derecha e izquierda, siempre las del espectador.

Al levantarse el telón el escenario está en penumbra; tan solo un leve resplandor rojizo asciende desde la calle y se filtra a todo lo largo del primer término y por el hueco de la pared del fondo derecha.

Se oye fuera, a la derecha, un ruido de pasos en formación, como si varias personas estuvieran haciendo un ensayo de desfile sobre un suelo de zinc. Golpes de silbato marcando el ritmo de los pasos.

**MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Un, dos...!
¡Un, dos...!**

MARÍA.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¿Mauricio?...

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) No pierdas el paso, María.

MARÍA.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Escúchame, necesito que...

**MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Pero, María.
¡Que no está el horno para bollos...!**

(Risas contenidas fuera a la derecha.)

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Y silencio los demás...!

(Varios golpes de silbato rápidos y enérgicos. Las risas cesan. Continúan oyéndose los pasos, ahora cada vez más lejanos.)

JAVIER.- (Voz de; fuera, al fondo.) Con cuidado.

(JAVIER, PILI, ERNESTO y MARUJA entran por la rampa del árbol del fondo, los cuatro vestidos con largos camisones blancos. Tienen entre diez y doce años. Cada uno lleva en alto una vela encendida.)

JAVIER.- A ver si cazamos una.

MARUJA.- ¿Y si vienen los mayores?

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha, lejos.) Media vuelta a la derecha...

(Golpe de silbato; ruido característico de una formación que da media vuelta.)

PILI.- (Girando hacia la derecha.) Ya vuelven.

ERNESTO.- ¿Crees que nos dará tiempo?

JAVIER.- Si nos damos prisa, sí.

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Un, dos...!
¡Un, dos...!

MARÍA.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Te juro, Mauricio, que te quiero.

(Golpes de silbato, risas contenidas fuera.)

(Los niños han llegado a primer término, se han arrodillado y miran hacia la calle.)

PILI.- No se ve nada.

ENRIQUE.- Quizá se hayan ido.

JAVIER.- ¿Irse? Están, vaya si están.

(Enciende un papel y lo deja caer al fondo.)

JAVIER.- (Pavoneándose.) Anoche pesqué una.

(Los tres niños miran a JAVIER con admiración.)

PILI.- ¿Grande?

MARÍA.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¿No me oyes, Mauricio?

JAVIER.- No muy pequeña.

PILI.- (Señalando hacia abajo.) ¡Aah!

(Grandes carcajadas fuera a la derecha.)

MARÍA.- (Voz de; fuera, a la derecha.) No me importa que todo el mundo se ría, pero quiero saber si...

ERNESTO.- Está todo lleno.

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Basta ya, María!

JAVIER.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Cada día son más y están más gordas.

PILI.- Se apagó.

MARUJA.- Ya no se ve nada.

(Silencio fuera. Sólo se oyen los pasos acercándose cada vez más. Este acercarse y alejarse continuo de los pasos deberá ser acusado por los niños: su temor y su prisa al oírlos llegar, y su mayor abandono en el juego cuando se alejan.)

ENRIQUE.- Enséñanos la que pescaste, Javier.

JAVIER.- Ya no la tengo.

MARUJA.- ¿Qué hiciste con ella?

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Media vuelta a la izquierda!

JAVIER.- La metí en la jaula del canario.

(Golpes de silbato, etc.)

(Los tres niños corren y miran la jaula que está colgada de la pared. JAVIER continúa en primer término, preparando los aparejos de pesca.)

CRISPÍN.- (Voz de; fuera, a la izquierda.) Escucha, escucha como juegan los soldaditos.

JAVIER.- ¡Cuidado...!

(Los tres niños miran hacia el primer término izquierda, por donde entran MANUELA y CRISPÍN. Ambos son ciegos; llevan cupones colgados de las solapas y sendos bastones.)

MANUELA.- Tú, cállate.

JAVIER.- Son Manuela y Crispín.

CRISPÍN.- (Riendo.) Como si eso les fuera a servir de algo.

MANUELA.- Calla, ¿quién está ahí?

JAVIER.- Somos nosotros.

CRISPÍN.- ¿Qué hacéis levantados a estas horas?

JAVIER.- Pero si estamos acostados.

CRISPÍN.- (Riendo.) ¡Un, dos! ¡Un, dos! Valiente pamema.

JAVIER.- Ya os dije que no la tenía. Cerré bien, pero a la mañana siguiente ya no estaba.

MARUJA.- El canario tampoco está.

(**CRISPÍN cruza lentamente la pasarela, tanteando los dos con los bastones.**)

JAVIER.- Seguramente ella se lo comió, luego abrió la puerta y se escapó. Ernesto, trae uno de tus gusanos de seda para poner de carnada.

(**PILI y MARUJA descuelgan la jaula y la traen a primer término. Se oyen abajo nuevamente los gritos.**)

CRISPÍN.- (Parándose.) ¿Los oyes gritar?

MANUELA.- (Tirando de él.) Vámonos.

CRISPÍN.- Lo que daría por poderlas ver.

MANUELA.- Llegaremos tarde al asilo.

CRISPÍN.- ¿A qué tanta prisa? Todo se va desmoronando. A lo peor cuando llegemos ya no existe. Todo se derrumba y esos imbéciles desfilan sobre el tejado, mientras ellas van minando los cimientos de las pocas casas que aún quedan en pie en la ciudad.

MARGOT.- ¿Y cómo era?

JAVIER.- (Gesto amplio con ambas manos.) Lo menos... ¡Así!

(**Salen por la derecha MANUELA y CRISPÍN.**)

MARUJA.- (Muy asustada.) ¿Con rabo y todo?

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Media vuelta a la derecha!

(**Golpes de silbato, etc.**)

JAVIER.- No, no; el rabo era el doble. Lo menos (**Gesto más amplio con ambos brazos.**) ¡Así...!

(**PILI da un grito y retrocede asustada.**)

MARUJA.- No le hagas caso; lo dice para darse importancia.

(**Llega ERNESTO con la caja de los gusanos.**)

MAURICIO.- (**Voz de; fuera, a la derecha.**) ¡En situación de descanso...!

(**Golpe de silbato, etc.**)

JAVIER.- (**A MARUJA.**) Tú desenreda las cuerdas. (**A PILI.**) Tú coloca la caña; y tú (**A ERNESTO.**) trae un anzuelo más grande.

(**Durante el juego escénico se oye llorar a un niño de pocos meses en el piso de arriba.**)

JAVIER.- Ya está llorando vuestro hermano.

ALFREDO.- (**Voz de; fuera, a la derecha.**) ¡Rompan filas...!

(**Golpes de silbato; voces y risas fuera a la derecha.**)

MARUJA.- ¿Crees que a ellas les gustan los gusanos de seda?

JAVIER.- Porque la otra vez las caza con... ¡Cuidado, vuestra madre viene!

**(Entra CATALINA por la derecha. Está embarazada.
Cruza de prisa la pasarela.)**

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¿Dónde vas, Catalina?

CATALINA.- (A los niños.) ¿Qué hacéis ahí los cuatro? Ya estáis subiendo a casa. ¡Vamos...!

(Los cuatro niños retroceden.)

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Catalinaaa!

(Arrecia arriba el llanto del niño.)

CATALINA.- Enseguida vuelvo.

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Nadie puede irse antes de la plática.

CATALINA.- Tengo que dar de comer al niño.

(Sale CATALINA por la izquierda; se la ve subir la rampa que, de rama en rama, comunica con el piso de arriba.)

**(Los cuatro niños se acercan de nuevo a primer término.
JAVIER arroja el anzuelo.)**

PILI.- ¿Pican?

JAVIER.- No siento nada.

ERNESTO.- Ten cuidado.

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Silencio!
(Golpes de silbato.) ¡Silencio! (Varios golpes de silbato.)
¡Silencio!

PILI.- Tengo miedo.

(Se hace un gran silencio.)

JAVIER.- ¡Cállate!

MARGOT.- Y si se dan cuenta, quizá tomen represalias; ya ha ocurrido.

ERNESTO.- ¿Y si se suben todas por las cuerdas?

JAVIER.- ¡Que os calléis!

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Hijos míos: después de estos ejercicios militares...

ERNESTO.- ¿Pican ya?

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ...Oigamos la Santa Misa como todos los días.

JAVIER.- No siento nada.

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Estamos viviendo días terribles; es preciso que estemos dispuestos a luchar...

MARGOT.- Ten cuidado, Javier.

PILI.- No te asomes tanto.

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ... pero no sólo los cuerpos, sino los espíritus.

PILI.- No vayas a caerte encima de ellas...

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ... hace ya demasiado tiempo que el Señor nos está sometiendo a la prueba terrible de la...

(Se oye el ruido de un motor que se acerca por el aire, al fondo.)

ERNESTO.- ¡El helicóptero!

(PILI, ERNESTO y MARUJA se levantan y van hacia el fondo.)

ERNESTO.- Vamos a tirarles piedras.

MARUJA.- No, que a lo mejor viene a traernos chocolate como la otra vez.

(PILI y ERNESTO cogen piedras de los tiestos y las tiran hacia fuera, al fondo.)

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.)
...arrodilláos...

CLOTILDE.- (Voz de; fuera, al fondo.) ¿Qué ocurre, Miguel?

MAURICIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Todo el mundo de rodillas!

(Golpes de silbato, etc.)

MIGUEL.- (Voz de; fuera, al fondo.) ¡Estos mocosos! ¡A ver si bajo y os doy un sopapo...!

(PILI y ERNESTO retroceden hasta el primer término.)

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡A rezar todos...!

(Golpes de silbato, etc.)

CORO.- (Voces de; fuera, a la derecha.) Madre de Dios...

(Entra CLOTILDE por la rampa del fondo.)

CLOTILDE.- ¡Qué olor tan espantoso...!

ERNESTO.- (Acercándose a CLOTILDE.) ¿Me das una chocolatina?

CLOTILDE.- Ya te dije que debíamos aterrizar en el tejado.

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Ruega por nosotros pecadores...

(Entra MIGUEL por la rampa del fondo detrás de CLOTILDE.)

MIGUEL.- Las tejas están removidas.

PILI.- (A MIGUEL.) ¿Me das una chocolatina?

CLOTILDE.- Ah, qué críos tan apestosos; dales algo, a ver si se callan.

CORO.- (Voces fuera, a la derecha.) ... ahora y en la hora de nuestra muerte...

(MIGUEL arroja la chocolatina al aire. ERNESTO, PILI y MARUJA las cogen en el aire, en el suelo.)

DON DEMETRIO.- (Voz de; fuera, a la derecha.) Amén.

MIGUEL.- Ahuecando el ala, niña, ya está bien por hoy.

CORO.- (Voces de; fuera, a la derecha.) Amén.

JAVIER.- (Gritando.) ¡Ya la tengo...!

(Los cuatro niños miran ansiosamente hacia el vacío.)

(CLOTILDE y MAURICIO han atravesado la escena hasta el ángulo izquierdo.)

CLOTILDE.- ¿Es aquí?

MIGUEL.- Sí.

CLOTILDE.- ¿Estás seguro? **(Voz de; fuera, arriba.)**
¡Javier...!

MIGUEL.- **(Consultando el papel.)** No; es en el piso de arriba.

(Se oye fuera, a la derecha, una música solemne ejecutada con instrumentos de viento.)

CATALINA.- **(Voz de; fuera, arriba.)** ¡Pili, Margot, Ernesto...!

(CLOTILDE y MIGUEL salen hacia arriba por la rampa.)

ERNESTO.- ¿Quieres que te ayude?

JAVIER.- No.

PILI.- ¿Pesa?

CATALINA.- **(Voz de; fuera, arriba.)** ¡Javier...!

JAVIER.- No mucho. **(A voces.)** ¡Ya voy! Vamos, tira.

MARUJA.- A lo mejor es una lata vacía de conservas como la otra vez, ¿recuerdas?

CATALINA.- **(Voz de; fuera, arriba.)** ¿Subís de una vez o bajo y os subo a rastras?

PILI.- **(Asomándose al ángulo izquierdo.)** Enseguida subimos, mamá.

ERNESTO.- (Saliendo del fondo.) Cuando la hayáis cogido, me avisáis, ¿eh? Yo voy a explorar el helicóptero.

(Cesa la música fuera.)

JAVIER.- ¿Ves tú algo?

PILI.- No.

MARGOT.- (Con mucho miedo.) ¡Yo sí...!

JAVIER.- ¿Qué?

MARGOT.- Es una. ¡Es una grandísima...!

PILI.- (Temblando, abrazada a MARGOT.) ¡Yo también la veo ahora...!

JAVIER.- (Tirando de la cuerda con esfuerzo.) Ayudadme, pesa muchísimo.

(Golpes de campanillas fuera, a la derecha.)

(Los tres niños tiran con fuerza del hilo. JAVIER se asoma al abismo.)

CLOTILDE.- (Voz de; fuera, arriba.) Buenas noches, señores.

JAVIER.- ¡Es... enorme!

(Los dos niños se inmovilizan aterrados.)

CATALINA.- (Voz de; fuera, arriba.) Buenas, disculpen que les reciba así. Pasen, pasen.

JAVIER.- ¡Y cómo patalea...!

(Las dos niñas lanzan un grito ahogado.)

JAVIER.- ¡Tiene un rabo de un metro lo menos...!

(Las dos niñas sueltan la cuerda y corren asustadas gritando.)

MIGUEL.- (Voz de; fuera, arriba.) ¡Niño...!

(JAVIER logra coger la cuerda a duras penas.)

JAVIER.- ¡Imbéciles...!

(Golpe de campanillas fuera, a la derecha.)

CATALINA.- (Voz de; fuera, arriba.) No toques eso, Ernesto.

CLOTILDE.- (Voz de; fuera, arriba.) ¡Dios mío! ¡Qué horror! Saca a ese niño de la cabina del helicóptero, Miguel.

(Por la rampa del fondo baja corriendo CATALINA, seguida de MIGUEL.)

CLOTILDE.- (Voz de; fuera, arriba.) Si el helicóptero cae en la calle estoy perdida.

JAVIER.- Ya está aquí; nunca he visto una tan grande.

(Golpes de campanillas fuera, a la derecha.)

PILI.- (Acercándose.) ¿Qué ocurre ahora?

JAVIER.- (Asomándose.) Se ha enganchado en el canalón; agarrad conmigo; no tengáis miedo; en cuanto ella asome, la agarro por el rabo y la meto en la jaula; no dejaré que os muerda.

(Los tres niños tiran con fuerza junto a JAVIER.)

JAVIER.- Tirad más fuerte.

(Se oyen fuera una par de bofetadas y el llanto de ERNESTO.)

CATALINA.- (Voz de; fuera, abajo.) Así, para que aprendáis.

(JAVIER, PILI y MARGOT son arrastrados por la cuerda hacia el abismo.)

PILI.- (Esforzándose.) ¡No puedo más...!

CLOTILDE.- (Voz de; fuera, arriba.) ¡Pero no le pegue, mujer!

MARGOT.- (Cediendo.) ¡Nos arrastra...!

CATALINA.- (Voz de; fuera, abajo.) Es que no me dejan vivir estos hijos.

MIGUEL.- (Voz de; fuera, abajo.) Ya se sabe lo que son los niños.

(JAVIER tira con fuerza de la cuerda.)

JAVIER.- ¡A ver, tirad más fuerte! ¡Más...!

CATALINA.- Antes eran unos santos los tres, pero desde que vino su primo Javier, que es de la piel del diablo, no hay quien haga vida de ellos.

(La cuerda arrastra a los tres niños hasta el mismo borde del abismo.)

PILI- ¿Qué ocurre, Javier?

JAVIER- Están haciendo esfuerzos.

MARGOT- Nos arrastran.

JAVIER- ¡No soltéis...!

PILI- ¡No puedo más! ¡No puedo más...!

MARGOT- ¡Yo tampoco...!

(Música de instrumentos de viento fuera; los dos niños caen al suelo, sueltan la cuerda; JAVIER es arrastrado; las niñas lanzan un grito. Cesa la música. JAVIER está agarrado al borde, medio cuerpo ya colgando. Gritan los niños. JAVIER cae.)

(Entran CATALINA, ERNESTO y MIGUEL por la rampa. CATALINA trae a ERNESTO cogido de la oreja. Al ver a las niñas y sin dejar de subir, grita.)

CATALINA- Ya estáis subiendo a casa. ¡Vamos...!

(Las dos niñas rompen a llorar.)

CATALINA- ¿Qué os pasa?

PILI- Javier se ha caído por...

MARGOT- Está aún colgando; se había atado la cuerda a las muñecas y se ha enganchado en el canalón.

CATALINA- ¿Pero qué estáis diciendo? ¿Dónde está vuestro primo?

(Ambas señalan al borde del abismo.)

(CATALINA corre, se asoma.)

CATALINA.- ¡Javier...! ¡Javier...! ¡Auxiliooo...!

(Coge la cuerda y tira de ella. MIGUEL está a su lado.)

CATALINA.- ¡Ayúdame a subirle! ¡Javier! ¿Me oyes, Javier?

JAVIER.- (Voz de; fuera, abajo.) Sí.

CATALINA.- ¿Estás bien? ¡Háblame...! ¡Háblame...!

(Baja CLOTILDE por la rampa del fondo.)

CLOTILDE.- ¿Qué ocurre?

(Los tres niños saltan a la rampa primer término y corren.)

LOS TRES NIÑOS.- (Gritando.) ¡Auxilio...! ¡Socorro...!
Javier se ha caído ¡Venid! ¡Venid todos...!

(Entran corriendo por la derecha ERNESTO, MATILDE y LA ABUELA.)

CATALINA.- Se ha caído Javier. ¡Ayudadme...! ¡Agustín, baja...!

JAVIER.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Subidme pronto! ¡No veo nada!

(ERNESTO y MAURICIO saltan a la casa y tiran de la cuerda.)

MATILDE- ¡Ay!, está colgado.

CATALINA- ¡Aaagustíín...!

MARCELO- ¡Pronto! A ver los cuatro al tiempo...

JAVIER- (Voz de; fuera, abajo.) Las oigo.

MATILDE- Tiene la cuerda atada a la muñeca.

ENRIQUE- ¿Crees qué aguantará el roce?

JAVIER- (Voz de; fuera, abajo.) Ellas están subiendo.

(AGUSTÍN baja corriendo por la rampa de primer término izquierda.)

JAVIER- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Aaay...!

LOS TRES NIÑOS- (Gritando.) ¡Javier! ¡Javier...!
¡Javier...!

JAVIER- ¡Me están trepando por las piernas...!

PILI- Agárrate fuerte, Javier.

JAVIER- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Me llegan al cuello...!

MARGOT- (Asomándose.) ¿Me oyes, Javier?

ENRIQUE- Y no sueltes. ¡No sueltes!

MAURICIO- Todos al mismo tiempo. Tú desde allí, Agustín; una, dos y tres...

(Nuevo tirón.)

JAVIER- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Me están mordiendo...!

(Aparece la cabeza de JAVIER, sus manos se aferran al borde del suelo.)

MARCELO.- ¿Qué ha dicho?

JAVIER.- ¡Aahh...!

(Las manos de JAVIER desaparecen.)

JAVIER.- (Voz de; fuera, abajo.) Me están mordiendo.

(Tensión. Todos se inmovilizan. Se miran unos a otros.)

MAURICIO.- (Soltando la cuerda.) No es posible hacer nada, ellas le han mordido ya.

(AGUSTÍN continúa tirando.)

MAURICIO.- Suelta, Agustín.

CATALINA.- No le hagas caso, Agustín. ¡Tira con fuerza! Puedes subirle solo.

ENRIQUE.- Tienes que cortar.

MAURICIO.- Tú mismo le has oído gritar que le han mordido.

(Se oyen abajo los gritos de JAVIER.)

MAURICIO.- Escucha.

JAVIER.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡No puedo más...!

CATALINA.- ¡Nooo...! **(Solloza.)** ¡No lo hagas!

(AGUSTÍN suelta, pero CATALINA coge el extremo de la cuerda antes de que desaparezca y tira con fuerza.)

AGUSTÍN.- ¿Quieres que se pase ahí toda noche agonizando?

JAVIER.- **(Voz de; fuera, abajo.)** ¡No puedo más!

ENRIQUE.- Le han mordido, todos lo hemos oído.

MATILDE.- No prolongues más su agonía, Catalina.

AGUSTÍN.- Aunque lograras subirle, tendríamos que arrojarle nosotros mismos.

(Forcejean para quitarle la cuerda.)

CATALINA.- ¡Nooo...!

AGUSTÍN.- Sabes muy bien que cuando muerden a alguien no consienten que nadie les quite su presa.

CATALINA.- ¡Nooo...!

(La inmovilizan entre todos. La cuerda cae al vacío. Un silencio. Se estrella contra la calle. Los gritos agudos del precipicio invaden la calle. Todos se apartan hacia atrás en silencio; tan solo CATALINA, tendida en el suelo, la cabeza colgando sobre el vacío, solloza y grita.)

CATALINA.- ¡Javier! ¡Javier...! ¡Javier...!

(Se oye el ruido del balcón que está cediendo.)

LA ABUELA.- ¡El balcón!

MATILDE- ¡Se está cayendo el balcón!

(**Todos se precipitan a sujetar el balcón. CATALINA, AGUSTÍN y los niños continúan tirando de la cuerda.**)

LA ABUELA.- ¡Los tiestos...!

MATILDE- Hemos plantando las semillas esta misma mañana.

(**LA ABUELA entra en el balcón y coge un tiesto.**)

LA ABUELA.- ¡Sacad los tiestos...!

ENRIQUE- El balcón se va a caer de un momento a otro. ¡No entres...!

LA ABUELA.- Hay que salvarlos; no nos quedan más semillas y no es posible ya coger tierra de ningún lado.

(**Todos agarran y tiran con fuerza de los barrotes pero el balcón continúa cediendo.**)

(**Los niños asomados al vacío lloran y gritan.**)

LOS TRES NIÑOS.- ¡Javier! ¡Vuelve, Javier! ¡Javier...!

(**Nuevo crujido del balcón, cede más.**)

MAURICIO.- ¡Está cediendo! ¡Sujetad ese lado!

CATALINA.- ¿Le veis vosotros?

ERNESTO.- Sí.

CATALINA.- ¿Está vivo aún?

ERNESTO.- Sí.

ENRIQUE.- No es posible aguantar más; cede.

MAURICIO.- Soltad entonces, todos al mismo tiempo.

(Sueltan todos el balcón.)

JAVIER.- **(Voz de; fuera, abajo.)** ¡Auxiliooo...!

MATILDE.- ¡Va a caer encima del pobre niño...!

(Cae el balcón. Grito agudo de todos. Silencio. Ruido del balcón al chocar contra la calle. Todos miran hacia el abismo. Entra por la derecha DON DEMETRIO, el párroco.)

DON DEMETRIO.- ¿Qué ocurre?

(MAURICIO señala el abismo.)

DON DEMETRIO.- ¿Otro suicidio?

MAURICIO.- Era un niño.

DON DEMETRIO.- **(Asomándose.)** No veo nada.

(MAURICIO enciende un periódico y lo arroja al vacío.)

LA ABUELA.- **(Sollozando.)** ¡Dios mío...!

MATILDE.- Le habrá caído el balcón encima.

ENRIQUE.- De todas formas, ya estaría muerto; son cinco pisos.

CATALINA.- **(Sollozando.)** Javier; mi pequeño, Javier...

MAURICIO.- Ha sido lo mejor para él; así ellas lo habrán encontrado ya muerto.

CATALINA.- ¿Y qué le diré a mi hermana cuando venga y me diga: «¿Qué has hecho de mi hijo?».

ERNESTO.- (Señalando hacia abajo.) Ya vienen ellas.

CATALINA.- Creerá que lo he vendido.

MAURICIO.- (Mirando hacia abajo.) ¿Por dónde?

AGUSTÍN.- Vamos, serénate.

LA ABUELA.- Tú no tienes la culpa de lo que ha ocurrido.

MATILDE.- Ninguno de nosotros ha tenido la culpa.

CATALINA.- Entonces, ¿quién, eh? ¿Quién ha tenido, quién tiene la culpa?

ERNESTO.- (Señalando.) Mirad, por esa otra bocacalle.

DON DEMETRIO.- Allí, allí. Vienen más.

MAURICIO.- (Señalando.) Están escarbando en los escombros del balcón.

ERNESTO.- ¡Dios mío!

DON DEMETRIO.- Está escrito: «Y entonces tocarán las trompetas y caerá un castigo del cielo».

ENRIQUE.- Estas han salido de las alcantarillas.

DON DEMETRIO.- Es lo mismo; ellas son el castigo, el castigo de nuestros muchos pecados.

ERNESTO.- (Señalando hacia la derecha, abajo.) ¡Por ahí llegan más!

CATALINA.- Pero ¿qué pecado tenía él? Era un niño...

MARGOT.- (Señalando hacia la izquierda, abajo.) ¡Y por allí...!

CATALINA.- Y cientos de niños son devorados por ellas cada día.

LA ABUELA.- (Mirando hacia abajo.) ¿Veis a Javier?

CATALINA.- ¿Qué explicación tiene esto, don Demetrio?

MAURICIO.- (**Mirando.**) ¡Cómo escarban, las condenadas!

DON DEMETRIO.- El señor lo dijo: Dios mostrará justicia.

ERNESTO.- ¡Javier...!

PILI.- Le veo.

MARGOT.- Yo también le estoy viendo.

CATALINA.- ¡Javier...!

MAURICIO.- ¿Estará vivo aún?

DON DEMETRIO.- Los designios del Señor son impenetrables.

MATILDE.- (**Gritando.**) ¡Está vivo...! ¡Está vivo...!

(Al oír esto **CATALINA** se desmaya. **AGUSTÍN** la coge en brazos y sube con ella por la rampa de primer término izquierda.)

PILI.- Vuelve con nosotros, Javier.

(Entra el **GUARDIA** por primer término derecha.)

GUARDIA.- ¿Qué alboroto es este?

ERNESTO.- Se ha caído un niño.

GUARDIA.- Eso no es motivo para armar tanto ruido; ya deberían estar acostumbrados.

CLOTILDE.- ¡Está vivo aún! ¡Miren! ¡Miren!

LA ABUELA.- Era tan vivaracho.

GUARDIA.- No formen grupos ¡Y llévense a estos niños de aquí!

(LA ABUELA **coge a MARGOT y PILI de la mano y sale con ellas por la rampa de la izquierda.**)

GUARDIA.- ¡Circulen! Vamos. ¡Circulen!

MAURICIO.- Pero si esta es nuestra casa.

GUARDIA.- Entonces, entren; y los demás, fuera.

DON DEMETRIO.- El Señor está probando esta ciudad.

GUARDIA.- No están permitidas las reuniones de más de una persona, y menos en medio de la vía pública.

MATILDE.- ¿No podríamos rescatarle?

GUARDIA.- Docenas de niños se caen todos los días.

MAURICIO.- Le están arrastrando por la acera hacia las alcantarillas.

MATILDE.- ¿Es que usted no tiene hijos?

GUARDIA.- No señora, yo soy un hombre decente.

DON DEMETRIO.- Es tan terrible que resultaría increíble si no lo estuviéramos viendo con nuestros propios ojos.

GUARDIA.- La culpa es de los padres; deberían tener más cuidado.

MATILDE.- Vamos a consolar a la pobre Catalina.

(**Salen por la rampa del fondo MAURICIO y ENRIQUE.**)

GUARDIA.- Si todos hicieran como yo, no ocurrirían estas desgracias. Lo siento, padre, pero las órdenes son iguales para todos.

(**MATILDE comienza a subir por la rampa del fondo.**)

DON DEMETRIO.- Sí, hijo, sí; usted cumpla con su deber; yo voy a cumplir con el mío.

(DON DEMETRIO comienza a subir por la rampa de primer término izquierda.)

MATILDE.- Por aquí mejor, don Demetrio, esa rampa está algo insegura.

(DON DEMETRIO entra en la casa; mira hacia el vacío; suspira.)

(Se oyen voces fuera a la derecha. El GUARDIA inicia la salida tocando el silbato.)

GUARDIA.- Otro que se habrá caído, o alguno que quiere que le arrojen.

DON DEMETRIO.- Pobre gente, ¿verdad?

CLOTILDE.- Serán pobres, pero con una salud de hierro; no sé de qué se quejan.

(MATILDE ha salido ya por la rampa del fondo, el GUARDIA por la derecha. Quedan solos en escena CLOTILDE, MIGUEL y DON DEMETRIO.)

DON DEMETRIO.- ¡Pero si es doña Clotilde! ¿Cómo usted por aquí? Ya sabrá que el ropero ha sido destruido. ¡Ahora que más falta nos hacía! ¡Pero cuánto tiempo sin verla...!

(CLOTILDE le besa la mano.)

CLOTILDE.- Salgo muy poco de casa últimamente, don Demetrio.

(DON DEMETRIO ve el maletín que está sobre la mesa y va a hacia él. MIGUEL se aferra al maletín, lo coge y lo va a cambiar de lugar, no sabe donde ponerlo; al fin lo deja sobre una silla lo más lejos posible.)

DON DEMETRIO.- Pero para hacer caridades, como siempre, ¿eh?

CLOTILDE.- Ya ve, esta pobre gente está tan necesitada...

DON DEMETRIO.- El cielo, doña Clotilde; si hay una vacante allí arriba, seguro que es para usted. ¿No me va a dar nada para los pobres de la parroquia?

CLOTILDE.- Dale un par de latas.

(MAURICIO abre el maletín y da un par de latas a DON DEMETRIO.)

DON DEMETRIO.- Gracias, muchas gracias. ¿Cómo podría...?

CLOTILDE.- Rece por mí.

(DON DEMETRIO coge por su cuenta unos chorizos y una botella de vino.)

DON DEMETRIO.- Así lo haré.

CLOTILDE.- Lo necesito tanto.

(MIGUEL cierra el maletín y lo pone bajo la mesa.)

DON DEMETRIO.- Todos lo necesitamos.

CLOTILDE.- Pero yo más que nadie, y hoy sobre todo.

(DON DEMETRIO va a salir; de pronto recomienzan los gritos en la calle. DON DEMETRIO y CLOTILDE se asoman al vacío con mucho cuidado.)

CLOTILDE- ¿Cree usted que ellas... tomarán represalias?

DON DEMETRIO.- No sé.

CLOTILDE.- De todas formas han tenido suerte en esta casa.

(DON DEMETRIO hace un gesto de reproche.)

CLOTILDE.- Sí, ya sé que es horrible decir esto y, sobre todo, tratándose de un niño; pero, al menos, ahora ellas les dejarán tranquilos por una semana.

DON DEMETRIO.- (Solemne.) «No hay mal, que por bien no venga», libro de los proverbios.

CLOTILDE.- ¿Por qué cree que ellas (Señalando abajo.) han dado esta orden espantosa? Ya era terrible vivir así, sitiados, pero nos habíamos acostumbrado; incluso, ¿a qué negarlo?, nos gustaba. Era una situación que nos hacía sentirnos héroes. Por primera vez en la historia de la ciudad se respiraba un aire... no sé, de hermandad, de júbilo. ¿Recuerdas cómo desfilábamos todos por los tejados cantando con banderitas y música? El enemigo común nos había unido tan estrechamente... Era maravilloso. Y por otra parte, aunque dura, la vida continuaba; pero la orden de que les entreguemos uno por semana; esto lo destruyó todo. Mire: otra vez reina la desconfianza, el interés, la hipocresía. Oh, si al menos ellas se hubieran conformado con nuestros gatos, nuestros perros, en fin, con toda clase de animales domésticos hubiera sido doloroso, pero soportable; y aún así, si tuviera que ser cada dos o tres meses... Pero no, a la semana y uno por cada casa.

DON DEMETRIO.- Quizá a ellas les falta también comida.

CLOTILDE.- Oh, no; lo primero que hicieron nada más empezar a surgir fue ocupar todos los depósitos de comestibles: los economatos, las tiendas de ultramarinos, incluso barcos enteros de... todo. A ellas lo que les sobra es comida.

DON DEMETRIO.- Entonces ¿por qué dieron esa orden?

CLOTILDE.- Es lo que yo me pregunto; ayer mismo le decía a mi marido.

DON DEMETRIO.- Es completamente absurdo.

CLOTILDE.- Eso le dije. ¿Y sabe qué me respondió? (**Muy asustada.**) Que quizá para ellas no lo fuera. (**Trémula.**) No sabemos cuáles son sus pensamientos, ni siquiera sabemos si son capaces de pensar, si...

DON DEMETRIO.- No lo son; eso es imposible.

CLOTILDE.- Pero, sin embargo, todo parece tan claro, tan calculado, si lo consideramos (**Estremeciéndose.**) con otra lógica que la nuestra. (**Una pausa. Le mira.**) ¿Usted qué cree?

DON DEMETRIO.- (**Secándose el sudor.**) No sé, no sé...

CLOTILDE.- Sí lo sabe.

DON DEMETRIO.- ¡No!

CLOTILDE.- (**Histérica.**) ¡Lo sabe! ¡Dígamelo! (**Conteniendo.**) Soy una mujer fuerte. ¡Atrévase...!

DON DEMETRIO.- Lo siento pero no puedo.

(**Intenta salir; CLOTILDE le detiene; se enfrenta a él.**)

CLOTILDE.- ¡No se vaya! ¿Va a pasarse toda la vida huyendo de las preguntas importantes? Venga aquí. (**Le arrastra a primer término. Gritos agudos abajo.**) ¿Las oye? (**Se arrodilla golpeando el suelo con las manos.**) ¡Basta! ¡Callad! ¡Callad de una vez...!

(**Silencio abajo. DON DEMETRIO huye corriendo hacia el fondo. Gritos por el hueco del fondo. DON DEMETRIO retrocede andando de espaldas. Silencio absoluto.**)

CLOTILDE.- Es... es... que ellas quieren desesperarnos, ¿verdad?

DON DEMETRIO.- ¡Cállese! ¡No tiene al cielo! Los animales no pueden pensar, no tienen...

CLOTILDE.- ¿Qué?

DON DEMETRIO.- (Temblando.) Alma.

(Gritos agudísimos abajo y al fondo. La potencia de las oleadas de gritos y los espacios de silencio que quedan entre una y otra deben estar sincronizados de tal modo que parezca, que efectivamente, ellas siguen la conversación entre DON DEMETRIO y CLOTILDE y reaccionan ante sus distintas fases.)

(DON DEMETRIO salta a la pasarela de primer término e intenta huir hacia la derecha.)

CLOTILDE.- No le dejes que se escape.

(MIGUEL salta a la pasarela y se interpone en la salida.)

CLOTILDE.- Díselo.

MIGUEL.- Cuando empezaron a surgir de las alcantarillas hace años creíamos que se trataba de una epidemia...

AMPARO.- (Voz de; fuera, a la izquierda.) ¡Auxiliooo...!

CLOTILDE.- ...una gran epidemia; quizá la más grande del siglo, la mayor de todos los tiempos desde la creación del mundo.

MIGUEL.- Pero no fue así, porque por cada una que matábamos, surgían miles y miles y miles más...

CARLOS.- (Voz de; fuera, a la izquierda.) ¡Socorrooo...!

(CLOTILDE avanza hacia el centro. DON DEMETRIO retrocede de espaldas.)

CLOTILDE- A los cuatro días de empezar, los niños no podían ya salir a la calle...

(DON DEMETRIO **se vuelve; va hacia la derecha; MIGUEL avanza hacia él.**)

MIGUEL.- A los diez días, ni los más pesados camiones podían avanzar por la carreteras.

(**El mismo juego de antes. El cerco se va estrechando.**)

CLOTILDE- (**A gritos.**) ...las mataban a millares.

MIGUEL.- Hasta que al fin los camiones quedaban parados.

CLOTILDE- ...las ruedas dando vueltas alocadamente, inútilmente sobre la masa de los cuerpos...

(**AMADEO sube por la rampa del fondo.**)

AMADEO.- ¿Qué ocurre?

(**AMADEO continúa subiendo, hasta desaparecer.**)

MAURICIO.- (**Voz de; fuera, arriba.**) Han estallado las tuberías de la casa de al lado.

MIGUEL.- A quince días ellas se habían adueñado de todas las carreteras.

CLOTILDE- ...y de todas las calles, de todas las ciudades.

AGUSTÍN.- (**Voz de; fuera, arriba.**) Hay que avisarles.

MIGUEL.- ... como primero se habían apoderado de todas las alcantarillas y de todos los subterráneos...

CLOTILDE- ...¿recuerdas? El metro fue el primer servicio público que dejó de funcionar...

(DON DEMETRIO se pone de rodillas en el centro de la pasarela; reza crispadamente.)

CATALINA- (Voz de; fuera, arriba.) ¿Es que vais a dejarles que se mueran de sed?

(Se oyen fuera los estallidos de las cañerías al romperse.)

MIGUEL- ¿Qué quieres que hagamos? Apenas nos llega agua para nosotros.

MIGUEL- Nos cortaron la luz...

CLOTILDE- ... poco a poco han ido haciendo lo mismo con el agua.

AURORA- (Voz de; fuera, a la izquierda.) Pero mi madre está allí.

MIGUEL- Ahora esta casa, y ¿cuántas antes?

CLOTILDE- Un barrio entero.

AURORA. (Voz de; fuera, a la izquierda.) Dejadla venir a ella.

MIGUEL- ...y luego otro y otro.

CLOTILDE- No, ésta no es una epidemia como las otras.

ENRIQUE- (Voz de; fuera, arriba.) Si ponemos otra vez la pasarela todos se pasarán en avalancha.

CLOTILDE- ¿Oyes? (Estallidos de cañerías fuera.) Y hay docenas, cientos de casas aisladas.

MIGUEL- Sus habitantes gritan noche y día de sed.

CLOTILDE- ¿Hasta cuándo tendremos agua los pocos que quedamos?

MIGUEL.- Los depósitos están casi vacíos.

CLOTILDE.- ...un día abriremos los caños y saldrá tan sólo aire, un aire corrompido...

(Gritos fuera de los aislados. DON DEMETRIO se pone de pie.)

CLOTILDE.- Dígamelo sin miedo: ¿Cree... cree que todo esto responde a... un plan deliberado?

(DON DEMETRIO salta al interior de la casa.)

DON DEMETRIO.- No es posible.

MIGUEL.- ¡Pero es real!

DON DEMETRIO.- Será real, pero sigue siendo imposible.

(DON DEMETRIO inicia la salida por la rampa del fondo.)

CLOTILDE.- ¿A dónde vas?

DON DEMETRIO.- A cumplir con mi deber. Esos pobres necesitan auxilios de la religión.

MIGUEL.- Lo que necesitan es agua y comida, que los árboles dejen de destruirlo todo y que ellas desaparezcan.

CLOTILDE.- Espere: es preciso que haga usted un milagro.

DON DEMETRIO.- ¿No le parece bastante milagro que aún quedemos algunos vivos?

(Un silencio total. Ruidos sordos de cuerpos que caen.)

MIGUEL.- Se están arrojando a la calle.

(DON DEMETRIO cruza la escena y sale corriendo por la rampa de la izquierda.)

CLOTILDE- Nos han dejado solos.

(CLOTILDE se transforma, se quita el abrigo de pieles.)

CLOTILDE- Toca la bocina del helicóptero; cuando llegamos había demasiada gente y con tanto árbol apenas se le ve. En cuanto sepan que estamos aquí y que traemos la comida, les verás a todos acudir como moscas.

MARÍA- **(Voz de; fuera, a la derecha.)** ¡Mauriciooo...!

(Sale MIGUEL por el fondo. CLOTILDE viene a primer término.)

CLOTILDE- Lástima de niño. Esta gente lo desperdicia todo.

(Entra MARÍA por primer término derecha; viene corriendo y agitando un papel en alto.)

MARÍA- ¡Mauriciooo...!

(Entra MAURICIO por la rampa de la izquierda.)

MAURICIO- Hola, María...

CLOTILDE- ¡Eh, muchacho...! ¡Eh...!

(MARÍA abraza a MAURICIO en el centro de la rampa.)

MAURICIO.- (A CLOTILDE.) Un momento, por favor...

MARÍA.- ¡Oh, Mauricio...! Ya podemos casarnos; al fin he podido reunir todos los papeles; tres días haciendo cola en el Registro Civil, y sólo una semana para las pólizas; míralas; hubo un momento en que creí que no lo obtendría porque parece ser que ellas han entrado en el sótano y se han comido varios libros. ¡Qué revuelo! Pero al fin encontraron un trozo de papel donde estaba mi nombre **(Ríe.)** ¿Sabes? Si se hubieran comido ese trozo, yo, oficialmente, no habría nacido, porque la tarjeta de identidad es sólo para las multas.

(Inicia la salida por la izquierda.)

MAURICIO.- ¿A dónde vas?

MARÍA.- A decírselo a la familia.

MAURICIO.- No, ven.

MARÍA.- ¿Es que ha ocurrido algo?

MAURICIO.- No.

MARÍA.- Quiero decírselo a mi madre, ¿sabes? Ayer noche nos quedamos hasta las tantas y hemos terminado el vestido de novia, es lo que quería decirte antes; durante la instrucción. ¡Qué alegría se van a llevar todos! Sobre todo mi padre y mis hermanos, que están deseando perderme de vista. ¿Sabes dónde estará don Demetrio? He ido a buscarlo a la iglesia, pero no estaba. Qué lástima que no nos podamos casar allí; siempre soñé en la capilla de la Virgen, toda llena de flores y de cirios pero **(Ríe.)** don Demetrio se ha tenido que refugiar en el campanario. ¡Qué horror! **(Ríe.)** Con la corriente que debe hacer allí, todo abierto, oyendo siempre el tic-tac de su reloj gigantesco, y, sobre todo, las campanas. ¿Te imaginas lo que debe ser oír dar las doce en una campana gigantesca colgada encima de la cabeza? **(Ríe.)**

MAURICIO.- ¡MARÍA...!

MARÍA.- **(Voz de; fuera, alejándose.)** ...que estaba muy triste cuando la colecta, porque él quería uno de repetición...

MAURICIO.- ¡María...!

(Bajan por primer término LA ABUELA y MATILDE, y por el fondo CATALINA y AGUSTÍN.)

MAURICIO.- Tengo algo muy importante que decirte.

(Entra MARÍA.)

MAURICIO.- Puedes quedarte a vivir aquí con nosotros, si quieres.

(Mira a todos en silencio, baja la cabeza.)

MARÍA.- Pero ¿qué es lo que ocurrido?

(Lanza un grito y sale corriendo por la izquierda.)

CLOTILDE.- ¡Eh, óigame!, ¿quiénes son los que viven en este piso?

(LA ABUELA, MATILDE y AGUSTÍN suben de nuevo en silencio y rápidamente quedan solos en escena CLOTILDE y MAURICIO que miran hacia la izquierda; MAURICIO se lleva las manos maquinalmente a los bolsillos como en busca de tabaco. CLOTILDE le da un cigarro.)

CLOTILDE.- Muchacho. Quiero proponerle un negocio.

(Baja ENRIQUE por la rampa de la izquierda.)

MAURICIO.- No estoy para negocios. **(Fuma ávidamente.)**
Gracias.

CLOTILDE.- Eh, usted

ENRIQUE.- ¿Es a mí?

(A MAURICIO, que está a punto de salir.)

CLOTILDE.- ¿Ha dicho a María lo de la casa?

MAURICIO.- No he podido.

(Sale MAURICIO por la rampa de primer término derecha.)

(ENRIQUE entra en la casa.)

CLOTILDE.- ¿Vive usted en este piso?

MIGUEL.- **(Voz de; fuera, al fondo.)** ¡El helicóptero!

(ENRIQUE se sienta abatido.)

ENRIQUE.- ¡Sí...!

CLOTILDE.- Quiero hablar con el cabeza de familia.

MIGUEL.- **(Voz de; fuera, al fondo.)** ¡Ha llegado el helicóptero!

ENRIQUE.- Es mi hermano el que acaba de salir. Nuestro padre murió y el abuelo está muy enfermo; pero puede decirme a mí de qué se trata, es igual.

MIGUEL.- **(Voz de; fuera, al fondo.)** ¡Traemos comida para todos!

(ENRIQUE **al oír esto se levanta e inicia la salida por el fondo.**)

CLOTILDE- El helicóptero es mío. (**Señalando el maletín.**)
La comida esta ahí.

ENRIQUE- (**Solícito.**) Usted dirá, señora, en qué podemos servirla.

(**Baja LA ABUELA por la rampa de la izquierda.**)

LA ABUELA.- Pobrecilla.

CLOTILDE- Vengo de parte de esta agencia. (**Le da una tarjeta.**) Según me han informado, hay dos ancianos en esta casa (**Mira a LA ABUELA.**) y uno de ellos está muy enfermo ¿es cierto?

ENRIQUE- Sí.

LA ABUELA.- ¿Qué me mira a mí? Yo estoy sana como un roble.

ENRIQUE- Es el abuelo el que está enfermo.

(**LA ABUELA entra en la casa; se sitúa ante el biombo como queriendo protegerlo.**)

LA ABUELA.- ¿Qué tiene el abuelo? Un poco de gripe, eso es todo.

CLOTILDE- ¿No es este el cuarto piso del número treinta de la calle de...?

LA ABUELA.- Es en el piso de abajo donde hay un enfermo grave, este es el quinto piso.

(**Los golpes de bocina continúan fuera.**)

ENRIQUE- ¡Dígale a ese que deje de tocar esa maldita bocina!

LA ABUELA- ¡Matilde! ¡Baja, Matilde!

(**CLOTILDE cruza hacia el fondo.**)

CLOTILDE- ¡Basta ya, Miguel! ¡Vuelve aquí!

LA ABUELA- ¡Matilde!

(**LA ABUELA sube por la rampa de primer término izquierda.**)

CLOTILDE- Disculpen. (**Se pone el abrigo.**) Me quejaré a la agencia; es la primera vez que me hacen cometer un grave error.

LUCAS- (**Voz de; fuera, abajo.**) ¿Qué ocurre, Amadeo?

ENRIQUE- No, no, aquí lo dice bien claro: «calle del Buen Amor número treinta, quinto piso.

(**CLOTILDE se pone los guantes y coge el bolso.**)

AMADEO- (**Voz de; fuera, abajo.**) Han venido las señoras en helicóptero.

CLOTILDE- Pero bueno, ¿éste es el cuarto o el quinto piso?

ENRIQUE- El cuarto.

CLOTILDE- Pero esa vieja...

(**Se asoma al vacío y va cantando.**)

ENRIQUE- Es mi abuela.

CLOTILDE- Disculpe, ella ha dicho que...

ENRIQUE- Oh, no le haga caso. (**Gesto de sien.**) Está un poco...

CLOTILDE- No me fío.

(**CLOTILDE se asoma al vacío y cuenta pisos.**)

CLOTILDE- (**Contando.**) Uno, dos, tres, cuatro y cinco.

ENRIQUE- Un quinto que es, en realidad, un cuarto. (**Ríe.**) Nos ha ocurrido más veces. (**Se asoma al vacío y señala.**) ¿Ve?, lo que parece el primero es realmente el principal, así que... ¿eh?

(**ENRIQUE se acerca a la mesa y la rodea tamborileando sobre la tapa del maletín.**)

LUCAS- (**Voz de; fuera, abajo.**) ¿Dónde vas, Amadeo?

ENRIQUE- (**Riendo.**) Incluso los carteros, cuando son nuevos, claro, se equivocan siempre...

AMADEO- (**Voz de; fuera, abajo.**) ¡No subas, Amadeo...!

(**Entra MARÍA por la izquierda. ENRIQUE y CLOTILDE la miran.**)

ENRIQUE- Todos lo hemos sentido mucho, María.

MARÍA- ¿Dónde está?

(**ENRIQUE señala a la derecha. Sale MARÍA lentamente.**)

(**Entra AGUSTÍN por la rampa del fondo.**)

AMADEO.- ¿Se puede?

ERNESTO.- Ya sé a qué vienes, Amadeo; lo siento de veras, pero la señora está ya decidida a quedarse con el Abuelo.

AGUSTÍN.- Escucha, Ernesto; y a sé que vosotros lo necesitáis también pero...

LUCAS.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Amadeoooooo.!

(Entran MATILDE y LA ABUELA por la rampa de la izquierda.)

LA ABUELA.- Ahí tienes a tu hijo, está dispuesto a venderle.

MATILDE.- Sosiégate, madre, y a verás como no lo hace; lo finge, tan solo, para quedarse con la comida. Lo hemos ya otras veces, ¿no? Estate aquí y calla.

CATALINA.- (Voz de; fuera, arriba.) Baja corriendo, Agustín. Están en el piso de abajo.

AGUSTÍN.- (Voz de; fuera, arriba.) Ven tú conmigo.

(Bajan CATALINA y AGUSTÍN por la rampa del fondo.)

ENRIQUE.- ¿A qué venís vosotros también?

(Se oyen voces lejanas que gritan: «Vamos todos al quinto»; «están las señoras»; «han venido la señoras con comida para todos», etc.)

(ENRIQUE sale a la pasarela y grita.)

ENRIQUE.- ¡Eh! ¿Quién es el cerdo que está dando esas voces? Al que intente entrar en mi casa, le tiro a la calle.

AGUSTÍN.- Pero ¿cómo vas a impedirlo, Enrique? Ahora todo el mundo lo sabe; todos han oído la bocina y han visto el helicóptero parado en el árbol.

ENRIQUE.- Antes también lo habíais visto y no hicisteis caso.

AMADEO.- Creíamos que eran los inspectores; tienen otro igual.

ENRIQUE.- Han venido a mi casa. **(Enseñando la tarjeta.)** Mira este papel; aquí lo dice bien claro, ¿no?

AGUSTÍN.- **(Leyendo.)** Calle del Buen Amor, número treinta, piso cuarto.

CATALINA.- Vámonos.

ENRIQUE.- Es el abuelo al que han venido a comprar.

AMADEO.- Pero los que tenemos mercancía que ofrecer, también tenemos derecho a venir a ofrecerla, ¿no?

ENRIQUE.- No dejaré que nadie me haga la competencia en mi propia casa. ¡Fuera todos! ¡Fuera...!

CATALINA.- Siempre has sido muy egoísta, Enrique.

CLOTILDE.- ¡Silencio! Vamos a ver, ¿qué ofrecen ustedes?

AMADEO.- Verá, señora, ya sé que es terrible lo que estoy haciendo, pero no tengo más remedio que...

CLOTILDE.- ¿Es usted el que se va a morir?

AMADEO.- Oh, no; se trata de mi padre, tiene un cáncer que le está matando hace...

CLOTILDE.- Al grano: ¿vive aún?

AMADEO.- Sí, pero por muy poco tiempo...

CLOTILDE.- No me interesa.

AMADEO.- Pero si tan solo con esperar dos o tres días, quizá...

CLOTILDE.- No puedo esperar.

AMADEO.- ¿Es que quiere usted que mate a mi propio padre?

CLOTILDE- ¿Quién ha hablado de matar? Escuche: esto es un negocio legal, un negocio detestable, pero necesario; cada casa debe pagar su tributo; cada casa, un ser humano por semana; pero ustedes viven hasta treinta familias en cada uno de estos edificios; yo y mi familia, solos en nuestro chalet. Es una injusticia que las condiciones sean las mismas para todos, porque aquí pueden repartirse la carga; una semana a una familia y a la siguiente a otra. Aquí viven hasta cinco familias en cada piso, que, por seis, hacen treinta; total, que les toca casi a los ocho meses, pero ¿y yo? ¿Han pensado ustedes en mi situación? ¿Qué creen? ¿que a mí me gusta hacer todo esto? ¿Ir de acá para allá, todas las semanas, intentando comprar cadáveres en buen estado?

(Gritos agudos abajo. Todos se asoman y miran al vacío.)

CLOTILDE- Porque ellas no quieren muertos antiguos, no quieren carroñas, las muy ladinas, no ¡Muertos tiernos! Calientes todavía, a ser posible. Oh, si sirvieran los otros, tenemos nuestro panteón familiar en nuestro propio jardín. Y, además, todo el cementerio estaría a nuestra disposición. Sólo hay diez helicópteros en la ciudad, contando el de la Cruz Roja y el de la Policía. Las carreteras están bloqueadas, pero el cielo no; al menos por ahora.

**(Entra MARÍA por la derecha y sale por la izquierda.
MAURICIO detrás.)**

MAURICIO- ¡María...! No vayas a hacer una locura.

CLOTILDE- Si eso fuera posible, entonces ustedes serían los que tendrían que ir de tejado en tejado hasta nuestros chalets, a suplicarnos de rodillas, a negociar, a pagar; pero ellas quieren muertos recientes, eso es lo malo. Afortunadamente, nuestras despensas están bien surtidas. Al principio era distinto: bastaba con extender un cheque o entregar una joya. Pero nadie quiere dinero (**Se sienta; sollozando desconsoladamente.**); ¡Con todo el dinero que tenemos!

CATALINA- ¿De qué iba a servirnos el dinero?

(CLOTILDE se levanta rígida, muy en hombre de negocios.)

CLOTILDE- ¿Y bien? ¡Yo ofrezco lo que tengo! Comida en perfecto estado, pueden examinarla si quieren.

(MIGUEL abre el maletín; todos se precipitan; MIGUEL se interpone.)

CLOTILDE.- ¡Alto! Antes tengo que hacer alguna advertencia importante. Quiero un servicio rápido. Y, sobre todo, nada de complicaciones. No quiero hacerme cómplice de ningún crimen, ¿entendido?

LUCAS.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Amadeooo...!

ENRIQUE.- Tu padre te llama.

LUCAS.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Amadeooo...!

CLOTILDE.- ¿Que ése es su padre?

AMADEO.- Sí, señora.

CLOTILDE.- Lo siento, puede irse; su moribundo padre tiene aún pulmones de acero. Adiós.

AMADEO.- Señora...

CLOTILDE.- El siguiente.

AMADEO.- Escuche..., de todas formas...

CLOTILDE.- ¿Qué?

AMADEO.- Deme una oportunidad... por... por si ocurriera una desgracia...

CLOTILDE.- Dale una tarjeta, Miguel.

(MIGUEL le da una tarjeta a AMADEO, éste sale por el fondo.)

LUCAS.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Amadeooo...!

AMADEO.- (Voz de; fuera, abajo.) ¡Cállate! Otra vez te has librado y van seis.

(CLOTILDE se dirige a CATALINA y AGUSTÍN.)

CLOTILDE.- ¿Y ustedes? (CATALINA y AGUSTÍN se miran; tensión.) ¿Qué tienen que ofrecer?

AGUSTÍN.- Nos ha dicho el médico que el niño nacerá muerto.

CLOTILDE.- Pero ¿no les da vergüenza traficar con un...? ¡Oh!

AGUSTÍN.- Tenemos otros tres.

CLOTILDE.- ¡No, y mil veces no! ¡Qué escándalo! ¡Aún no ha nacido la criatura y ya quieren...! ¡Oh!

AGUSTÍN.- Pero si está muerto.

MATILDE.- Lo siento pero no (A ENRIQUE.) ¿Dónde está el anciano señor que ofrecían ustedes antes?

AGUSTÍN.- Pero escuche, señora...

CLOTILDE ¡Que no! Se me revuelve el estómago de solo pensarlo.

CATALINA ¿Usted... tiene hijos?

CLOTILDE.- Naturalmente. ¿Por quién me ha tomado? Cuatro, por eso mismo.

AGUSTÍN.- Entonces, ¿no nos da ninguna esperanza?

CLOTILDE.- Yo necesito hoy mismo la mercancía.

AGUSTÍN.- Se lo daríamos muy barato.

CLOTILDE.- Y... (Gesto.) ¿para cuándo...?

AGUSTÍN.- Ha dicho el médico que para el amanecer, o, a más tardar, mañana por la tarde.

CLOTILDE- ¡Imposible! El plazo nos vence al alba. Lo siento mucho, pero ya ve que no me es posible; me hubiera gustado complacerles, de veras, créanme.

CATALINA- Vámonos, Agustín; no discutas más; no hay nada que hacer.

(**CLOTILDE coge a CATALINA ambas manos y la besa efusiva.**)

CLOTILDE- Mi más sentido pésame, señora.

(**CATALINA se aparta como si la hubieran mordido; se restriega la cara con la manga del vestido.**)

CATALINA- Ni toda el agua el mar, ni toda la arena de un desierto serían bastante para lavar mi asco de este beso; a tiras me arrancaría la piel con ello...

(**AGUSTÍN la coge de la mano y tira de ella.**)

AGUSTÍN- Vámonos.

(**CATALINA cruza hasta primer término izquierda detrás de AGUSTÍN.**)

CLOTILDE- Desgraciada.

CATALINA- (**Saliendo ya para la rampa, se vuelve.**) Y ¿sabe?: el niño nacerá vivo, ¡vivo...!, y él nos vengará todos algún día.

(**Sale CATALINA.**)

AGUSTÍN.- No lo venderemos jamás a nadie.

(Sale AGUSTÍN.)

CLOTILDE.- Con el tiempo, se venderá él solo. (**Cambiando de tono.**) Pero ¿dónde está el anciano señor moribundo?

ENRIQUE.- Aquí.

(ENRIQUE **aparta el biombo que ocultaba la cama donde está EL ABUELO.**)

LA ABUELA.- Pero ¿qué haces tú, hijo?

(CLOTILDE **se acerca a la cama.**)

CLOTILDE.- ¿Está realmente muy enfermo?

MATILDE.- (**Conteniendo a LA ABUELA.**) Espera aún.

ENRIQUE.- Muchísimo. (**Elevando la voz.**) ¿Verdad, abuela, que está muy enfermo? (**A CLOTILDE.**) Es muy sordo.

EL ABUELO.- (**Con voz clara.**) No estoy enfermo.

CLOTILDE.- ¿Qué ha dicho?

ENRIQUE.- (**Muy fuerte.**) Dice la señora que para cuándo...

EL ABUELO.- Según el médico dentro de dos o tres podré levantarme un poco.

ENRIQUE.- (**Riendo nerviosamente.**) Siempre fue muy presumido; naturalmente, él no conoce la gravedad de su estado.

CLOTILDE.- Pero ¿para cuándo...?, ¿eh...?

ENRIQUE.- Oh, una hora, dos a más tardar. (**CLOTILDE mira su reloj de pulsera.**)

CLOTILDE- Es que tengo mucha prisa (A MIGUEL.) ¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos con él?

MIGUEL- (Consultando el papel.) Hay otros dos en la lista.

CLOTILDE- Oh, no; no tenemos tiempo de andar de acá para allá; ¡y a saber con qué gente...! Estos tienen pinta de muy decentes. Mira a ver si tiene fiebre, por lo menos; no me fío. (A MATILDE, con una sonrisa.) Ustedes sabrán disculparme, ¿verdad?

(MIGUEL saca un termómetro que pone en la boca de EL ABUELO. CLOTILDE se sienta y saca un cigarro y un encendedor.)

EL ABUELO- No quiero verlo.

MATILDE- Pero madre, si ya...

(El encendedor de CLOTILDE no funciona. MATILDE entra en la casa y coge una caja de cerillas del fogón.)

(Por la rampa entran, por la izquierda, MAURICIO y MARÍA.)

MARÍA- Hace ya cinco años que estamos esperando, Mauricio.

(Las miradas de MATILDE y ENRIQUE se cruzan.)

MAURICIO- ¿Y dónde íbamos a meternos?

(MATILDE da fuego a CLOTILDE.)

CLOTILDE- Muchas gracias.

MARÍA.- Si supieras el esfuerzo que tengo que hacer para aparentar tranquilidad después de...

(ENRIQUE **da un cenicero a CLOTILDE.**)

MARÍA.- Hay miles de pisos en la ciudad.

CLOTILDE.- Es usted muy amable.

MAURICIO.- Pero esos pisos, ¿tú sabes lo que cuestan?

(MIGUEL **regresa con el termómetro.**)

MIGUEL.- (A CLOTILDE.) Durará una media hora.

CLOTILDE.- Toca un poco el violín; la música ayuda a morir.

(MIGUEL **saca el violín y toca.**)

MATILDE.- (A ENRIQUE.) Vamos a lavarle un poco.

(MATILDE y ENRIQUE **pasan detrás del biombo.**)

(MARÍA y MAURICIO **se han sentado en la pasarela de primer término; las piernas colgando sobre el vacío.**)

MAURICIO.- No son nuestros.

MARÍA.- Pero los dueños los han abandonado.

MAURICIO.- ¿Y bien? Siguen sin ser nuestros.

MARÍA.- ¿Qué podemos hacer entonces?

MAURICIO.- Esperar.

MARÍA.- ¿A qué? (**Señalando hacia el público.**) Míralos: hay miles aún en pie, y todos están vacíos.

MAURICIO.- De sobra sabes por qué: las casas se desmoronan una a una.

MARÍA.- ¡Pero mira cuántas quedan aún! (**Se ponen en pie señalando hacia el público.**) Los barrios extremos son los que antes se están cayendo, pero los cimientos de las casas del centro aguantan aún. (**Cruza más a la derecha.**) Desde aquí incluso puede verse el barrio residencial al borde del mar. (**Arrobada.**) Mira, todas sus grandes terrazas, con sus mil toldos de colores abiertos, nos están esperando.

(**ENRIQUE sale detrás del biombo, echa agua en una jofaina y desaparece con ella detrás del biombo otra vez.**)

MARÍA.- ¿Recuerdas cuántas veces nos íbamos allá a pasear bajo los árboles del gran paseo que bordea el mar? Desde allí veíamos brillar tantas arañas detrás de los grandes ventanales y oíamos la música, las risas, y luego todas aquellas sombras de los bailarines oscilando detrás de los cortinajes.

MAURICIO.- También esas casas se están derrumbando. (**Se pone en pie; señala**) Mira aquella.

MARÍA.- Cae lentamente como si fuera una casita de azúcar en un gran pastel.

MAURICIO.- Como en un gran pastel reblandeciéndose en el interior de una enorme pecera cayendo, cayendo, sin ruido...

(**Sale MATILDE detrás del biombo, coge del fogón jabón y un esparto, regresa.**)

MARÍA.- Ya está, ¡qué pena! Aquella otra; así irán cayendo las demás.

MAURICIO.- (**Señalando.**) Y mira aquella otra, y aquella.

MARÍA.- ¡Dios mío...! El rascacielos se está... (**Se tapa la cara.**) ¡Oh!

(Se oye a lo lejos un ruido sordo.)

MAURICIO.- Y todos los edificios que aún quedan irán desmoronándose, desapareciendo así, uno a uno; cada día quedan menos.

MARÍA.- Es increíble. Sólo las iglesias siguen en pie; parecen extraños barcos, las cruces como mástiles sujetan las rojas velas panzudas de las nubes.

MAURICIO.- Y los bancos; ambos tienen sólidos cimientos.

(Gritos agudos abajo. MARÍA se aferra a MAURICIO.)

MAURICIO.- Pero sabemos que ellas horadan día a día las criptas, y no habrá caja acorazada que resistir el filo de sus dientes.

**(CLOTILDE comienza a interesarse por los que dicen
MARÍA y MAURICIO.)**

MARÍA.- (Cruzando hacia la izquierda; señalando nuevamente hacia el público.) Pero mira ahí: todas estas casas de apartamentos allá lejos, entre lo que fue la oficina de correos y el Ayuntamiento, siguen aún en pie. Vamos allí, son las últimas que construyeron. Tú y yo lo vimos. ¿Recuerdas aquella noche que bajamos al centro? La noche que nos prometimos y me llevaste para celebrarlo a uno de aquellos grandes cines de cristal y mármol. Son de hierro. Serán las últimas que caigan. Vamos allí. Cuántos pisos, cuántos, y todos vacíos, esperándonos...

(CLOTILDE se pone en pie y cruza a la izquierda como para ver a qué pisos se refiere MARÍA.)

MAURICIO.- Trampas para ingenuos.

MARÍA.- Dicen que por dentro son maravillosos.

MAURICIO.- ¿Recuerdas a Carlos e Isabel? Se fueron allí la semana pasada. ¿Y qué ocurrió?

(**ENRIQUE sale detrás del biombo, saca de una consola una gran toalla blanca y regresa.**)

MAURICIO.- Por cientos han muerto los que han querido aprovecharse. Sus ocupantes sabían muy bien lo que hacían cuando los abandonaron. Y además no es posible, no son nuestros.

(**Gesto de CLOTILDE como queriendo decir:
«Naturalmente».**)

MARÍA.- Parece un sueño: la décima parte de la ciudad sigue aún en pie, cientos de casas que sabemos que están vacías y, sin embargo, no podemos casarnos por falta de un rincón donde encerrar nuestro amor.

MAURICIO.- Es preciso resignarme.

MARÍA.- (A voces.) ¡No quiero resignarme...!

MAURICIO.- ¿Qué podemos hacer?

MARÍA.- (Gritando.) ¡Luchar!

MAURICIO.- ¿Contra qué? ¿Contra quién? (CLOTILDE hace un gesto a MIGUEL, que deja de tocar el violín; la actitud de CLOTILDE es muy extraña: sigue la conversación angustiada, como si la conociera, como si los pisos fueran suyos. MIGUEL escucha también, pero con afecto, como si quisiera impulsar a MAURICIO a que se decidiera.)

MAURICIO.- Las cosas son como son, no podemos cambiarlas.

MARÍA.- Pues cambiaremos nosotros. (Muy animada.) ¿Sabes qué vamos a hacer? Pediremos a Amadeo su tienda de campaña, la armaremos sobre una azotea y nos iremos a vivir allí.

MAURICIO.- Y una noche verías como el viento se lleva a nuestros hijos en sus cunas; compréndelo, María: no es posible hacer nada. Hay cientos de parejas jóvenes, supervivientes como nosotros, que se encuentran igual.

(Sale ENRIQUE detrás del biombo, trae la jofaina y la toalla, lo deja sobre el fogón y escucha.)

MARÍA.- ¿Sabes lo que pienso? Que eres un...

MAURICIO.- Dilo.

MARÍA.- (Suavemente.) Cobarde.

MAURICIO.- Soy honrado.

MARÍA.- Pero ¿de qué te sirve ser honrado en los tiempos en que vivimos?

MAURICIO.- ¿Es que quieres quitarme lo único que me queda?

MARÍA.- ¿Qué?

MAURICIO.- Mi propia estimación.

MARÍA.- ¿Y nuestro amor?

MAURICIO.- Que espere.

MARÍA.- ¿Hasta cuándo?

MAURICIO.- No lo sé.

MARÍA.- Entonces, **(Saca los papeles de boda.)** ¿esto?

(Sale MATILDE detrás del biombo, trae un traje y unos zapatos.)

EL ABUELO.- (Voz de; dentro del biombo.) Gracias, Matilde.

(MATILDE se para. MARÍA rompe los papeles y los arroja al vacío.)

MAURICIO.- ¿Por qué has hecho eso?

MARÍA.- Ya ves que no nos servían de nada.

(Quedan los dos viendo caer los papeles.)

(MATILDE cepilla el traje del ABUELO.)

(MARÍA inicia la salida por la derecha.)

MAURICIO.- ¡Espérame!

(Sale MARÍA. MATILDE deja el traje sobre una silla y comienza a cepillar los zapatos.)

MAURICIO.- (Gritando.) ¿Es que hay otra solución?

(Entra MARÍA. MATILDE deja de limpiar los zapatos y mira a MAURICIO y a MARÍA.)

MARÍA.- Eso eres tú quien debe averiguarlo.

(MARÍA sale corriendo de escena, por la derecha.)

(MIGUEL cruza hacia a la izquierda como para entrar en la pasarela para animar a MAURICIO.)

MAURICIO.- ¡María...! ¡María...!

(MAURICIO sale corriendo por la derecha.)

CLOTILDE- (A MIGUEL.) ¿A dónde vas? Antes de regresar a casa iremos a revisar las pasarelas de esos pisos; no sabía que algunos habían sido ocupados por esta gentuza. Habrá que avisar a la policía.

(CLOTILDE advierte la presencia de MATILDE y ENRIQUE, y cree que es que EL ABUELO ha muerto.)

CLOTILDE- ¿Ya?

(MATILDE se pone en pie. Los zapatos del ABUELO caen al suelo. MATILDE se inclina a recogerlos.)

MATILDE- Váyase.

CLOTILDE- No la comprendo.

MATILDE- (Irguiéndose.) Es mi padre.

(CLOTILDE cruza la escena hasta llegar junto a ENRIQUE.)

CLOTILDE- ¿En qué quedamos?

ENRIQUE- No le haga caso. Todo está dispuesto. Sólo falta que el abuelo se decida a...

MATILDE- (Trémula.) ¿Lo hubieras hecho también con el tuyo, Enrique? ¿Con tu propio padre?

ENRIQUE- Mi padre murió hace mucho tiempo.

MATILDE- ¿Y quién ocupó su puesto en esta casa? ¿Quién se mató trabajando para sacarnos adelante a mí, a ti, a tu hermano y a la abuela? (Señalando hacia el biombo.) ¡Él!

CLOTILDE- Miguel, abre el maletín.

(**MIGUEL abre el maletín. Mientras los va nombrando, va sacando las cosas y colocándolas sobre la mesa con mucho aparato.**)

MIGUEL.- Un kilo de alubias.

MATILDE- ¡No lo saque...!

MIGUEL.- Dos kilos de lentejas.

MATILDE- (**Tapándose los ojos.**) ¡No saque más!

MIGUEL.- Tres kilos de garbanzos.

(**MATILDE avanza un paso hacia el maletín. Baja LA ABUELA por la rampa de la izquierda.**)

MIGUEL.- Un kilo de azúcar.

LA ABUELA.- Cojan los dos su cochino helicóptero y...

MIGUEL.- Cien gramos de mantequilla.

LA ABUELA.- Y lárguense...

(**MATILDE abraza a LA ABUELA.**)

MIGUEL.- Un kilo de patatas.

LA ABUELA.- ¡Fuera!

MATILDE- Y pensar que he estado a punto de ceder...

LA ABUELA.- Échales, Enrique.

MATILDE- Sí, así...

LA ABUELA.- ¿Crees que no la reconocí antes?

MIGUEL.- Lo siento, señora, pero no creo que nos hayan presentado nunca.

LA ABUELA.- ¿Qué señora, ni qué niño muerto?

MIGUEL.- (A CLOTILDE.) Ya está, lo de siempre.

CLOTILDE.- (A MIGUEL.) Más. (A LA ABUELA.) Usted me confunde. (A MIGUEL.) Más y rápidamente; la cosa se pone difícil y no podemos esperar más tiempo.

MIGUEL.- (Muy rápido.) Dos latas de conservas, quinientos gramos de café, un bote de mermelada...

LA ABUELA.- ¡Deje de sacar cosas! (Acercándose a CLOTILDE.) Lo sabe, ¿eh? Es su técnica: nos plantan la comida sobre la mesa, y sabe que no podemos resistir la tentación.

CLOTILDE.- (A MIGUEL.) ¡Más...!

MIGUEL.- Un paquete de galletas, cien gramos de... (LA ABUELA miralas cosas que hay sobre la mesa, avanza hacia ellas.)

MATILDE.- ¿Tú también, madre?

MIGUEL.- Una barra de pan...

(Tensión: ENRIQUE, MATILDE y LA ABUELA avanzan desde tres ángulos sobre la mesa.)

EL ABUELO.- (Voz de; detrás del biombo.) ¿Josefa? ¿Estás ahí, Josefa?

(LA ABUELA mira hacia el biombo, luego hacia la mesa.)

EL ABUELO.- (Voz de; detrás del biombo.) ¿Josefa...?

(LA ABUELA se tapa los oídos con las manos.)

EL ABUELO.- (Voz de; detrás del biombo.) Ven, mira qué limpio y qué guapo me han dejado.

(LA ABUELA se precipita sobre la mesa y va recogiendo los comestibles nerviosamente.)

LA ABUELA.- (Gritando.) ¿Y el paralítico del portal de al lado? ¿Qué hicieron ustedes de él? No se haga la tonta, aún no hace quince días de esto.

(LA ABUELA corre con los comestibles hacia el primer término para arrojarlos al vacío.)

(ENRIQUE la contiene a duras penas.)

ENRIQUE- ¿Qué haces, abuela?

CLOTILDE- Seguramente me confunde: es la primera que vengo a este barrio.

(Los comestibles caen al suelo; MATILDE se agacha a recogerlos, mientras ENRIQUE sujeta a LA ABUELA.)

LA ABUELA.- También se lo llevaron así. ¿Y qué fue de él? **(Se suelta del brazo de ENRIQUE y se aferra a CLOTILDE.)** No veo ya muy bien, pero estoy segura de haber visto antes ese abrigo de pieles.

CLOTILDE.- (Forcejeando.) Hay muchos en la ciudad y todos se parecen. ¡Miguel...!

(MIGUEL, que ha sacado otra barra de pan, viene con ella a separarlos.)

LA ABUELA.- (Empujando a CLOTILDE.) ¡Fuera de aquí...!

MIGUEL.- (Separándolas.) Vamos, cálmese, abuela.

(En el forcejeo, LA ABUELA cae al suelo.)

LA ABUELA.- (A ENRIQUE.) Tuve nueve hijos. Murieron. Y una sola hija se casó con un traidor y no ha sabido engendrar hombres.

(Tensión: ENRIQUE que avanza hacia MIGUEL dispuesto a pegarle, pero MIGUEL le ofrece la barra de pan, mitad defendiéndose con ella, mitad ofreciéndola. ENRIQUE la coge.)

LA ABUELA.- (Gritando, en el suelo.) ¡Mauriciooo...!

(LA ABUELA se levanta y salta sobre la pasarela.)

CLOTILDE.- (A MATILDE.) Le aseguro que es la primera vez que vengo a esta casa.

LA ABUELA.- (Gritando.) ¡Mauriciooo...!

CLOTILDE.- No tengo ni idea de esa historia del parálítico.

LA ABUELA.- Será la primera vez que viene, pero es lo mismo; sí, estamos en la miseria, pero ésta no es una situación nueva para nosotros. **(Grita.)** ¡Mauriciooo...! Hemos podido comprarmuy pocas cosas en nuestra vida, pero vender, no hemos vendido nada aún, ni pensamos hacerlo jamás.

(MAURICIO entra por la derecha.)

LA ABUELA.- Díselo tú, Mauricio, y plántalos en la calle a puñetazos. **(Un silencio; MAURICIO atraviesa la pasarela, entra en la casa; MATILDE deja las cosas sobre la mesa, como avergonzada; luego ENRIQUE coge lo que aún quedaba en el suelo y lo deposita también sobre la mesa; MAURICIO los mira a todos, uno a uno, y luego los comestibles.)**

MAURICIO.- ¿Y... tabaco?

LA ABUELA.- ¡No...! No es posible tú también... El más íntegro de todos... Tú que fuiste siempre mi preferido... ¿Qué va a ser de nosotros?

(LA ABUELA entra, se abraza a MATILDE.)

LA ABUELA.- Díselo tú, hija mía. Diles cómo tu padre murió cuando ellos no andaban aún. Él ha sido para ellos... ¡Todo! Díselo.

(LA ABUELA aparta violentamente el biombo, aparece EL ABUELO en la cama.)

EL ABUELO.- Míralos: los hemos criado con tanto sacrificio, y ahora quieren venderte porque estás enfermo, y la semana próxima me venderán a mí, o me arrojarán ellos mismos a las...

(ENRIQUE y MAURICIO avanzan hacia ella.)

LA ABUELA.- ¡No lo lograréis! Saldré ahí fuera y me pondré a gritar hasta que toda la vecindad, toda la ciudad, se entere de qué clase de sucios... **(Señalando al vacío.)** Esas, sois, en qué clase de sucias... **(Señalando.)** Esas os han convertido. **(Les acaricia la cara con ternura.)** Ya sé que vosotros no tenéis la culpa, que os han obligado a ello, pero mientras me quede aliento, mi deber es impedirlo; no por él, comprendedlo, ni por mí, ¿qué importamos nosotros? Por vosotros, por vosotros debo impedirlo...

(Salta a la pasarela de primer término izquierda.)

LA ABUELA.- (Gritando.) ¡Venid todos! ¡Quieren venderle!
¡Sus propios nietos...!

MATILDE- Nadie acudirá, madre.

(LA ABUELA corre por la derecha e izquierda.)

LA ABUELA.- ¡Socooooorooo...! ¡Auxiliooo...!

**(Se para, escucha; una pausa de silencio absoluto; LA
ABUELA cae al suelo de rodillas, sollozando.)**

LA ABUELA.- (Gritando.) ¡Cobardes! ¡Sois todos unos
cobardes...! Me habéis oído y no venís, no os atrevéis, y voy a
decir por qué: cada uno tenéis vuestro muerto en la conciencia,
el de ayer o quizá, aún no, aún no os habéis atrevido, pero
pensáis ya en el muerto de mañana.

Escena II

**ENRIQUE, MAURICIO y MATILDE, sentados a la mesa,
terminan de cenar; ruidos de los cubiertos chocando
contra los platos; las tres cabezas inclinadas; comen en
silencio, sin atreverse a mirarse.**

**CLOTILDE pasea por la rampa de primer término,
fumando nerviosamente; se ha quitado el abrigo; mira
hacia el cielo de vez en vez, como esperando la llegada del
helicóptero.**

LA ABUELA está sentada en la cama junto al ABUELO, cuya cabeza tiene recogida. En esta obra los momentos dramáticos y cómicos se suceden de continuo y aún más, a veces, se entremezclan; la canción de LA ABUELA en sí misma; el autor ha buscado un elemento cómico para que este elemento cómico sea jugado en «clima dramático», con el fin de obtener una «situación patética», LA ABUELA canta realmente la canción como si EL ABUELO fuera un niño, es decir, con ternura protectora; los personajes no harán jamás la parodia de sí mismos; ya lo hace la obra en su conjunto.

LA ABUELA.- (Cantando.) Duérmete niño... que viene el coco...

(Crepita la tartera sobre el hornillo.)

LA ABUELA.- (Cantando.) ...y se lleva a los niños que comen poco.

ENRIQUE.- El café...

(MATILDE se levanta rápidamente; la silla cae al suelo con estrépito; CLOTILDE se vuelve asustada; EL ABUELO se despierta.)

LA ABUELA.- Otra vez le habéis despertado.

(MATILDE cruza y sirve el café.)

(Se oye el ruido de un motor en el cielo; CLOTILDE agita un pañuelo.)

CLOTILDE.- ¡Oh, Miguel...! ¡Aquí...!

LA ABUELA.- Y en cuanto te pongas bueno, nos iremos al pueblo, ¿eh? Nunca debimos salir de allí. ¡Nunca! (**Le arregla los almohadones.**) ¿Recuerdas la vieja encina frente a la iglesia? ¡Qué cosas tan bonitas me decías entonces...!

MATILDE.- (A CLOTILDE, **por el café.**) ¿Quiere?

CLOTILDE.- No, gracias.

(**El ruido de motor se acerca más, lo inunda todo y pasa.**)

(**Mirando hacia el cielo.**)

EL ABUELO.- ¿Dónde está Alfonso?

LA ABUELA.- ¿Oyes, Matilde? Me está preguntando por tu hermano Alfonso.

CLOTILDE.- Pero, ¿es que aún va a tener el cinismo de ponerse a conversar?

MATILDE.- Oh, no, señora; es que está delirando. Mi hermano Alfonso murió hace muchos años; en la guerra, ¿sabe?

CLOTILDE.- ¿Cuál de ellas?

MATILDE.- No sé bien, la misma en que murió mi marido.

LA ABUELA.- Él mató a tu hermano.

(**La taza de café de MATILDE cae al suelo con estrépito.**)

MAURICIO.- ¿Ya estás otra vez con lo mismo?

ENRIQUE.- (A CLOTILDE.) Viejas historias de familia.

MATILDE.- (**Irguiéndose herida.**) Sabes de sobra que eso no fue más que una calumnia.

LA ABUELA.- Le denunció, es lo mismo.

(Ruido de un motor en el cielo. CLOTILDE mira, agita su pañuelo.)

CLOTILDE- Ya están aquí, éste es el mío.

MATILDE- (A CLOTILDE.) Tenían tanto miedo los pobres que se denunciaban los unos a los otros.

(CLOTILDE saca de su bolso un frasquito.)

CLOTILDE- Utilice este quitamanchas, es muy bueno **(En voz baja.)** Vale más no hablar de eso delante de mi marido, va a llegar ahora y guarda de entonces recuerdos terribles: una noche se paró ante nuestro chalet una horrible camioneta y...

(Entra por el fondo RODOLFO: sesenta años, pelo blanco, muy bien vestido, muy refinado; abrigo, sombrero y bastón con empuñadura de plata.)

RODOLFO- **(Solícito.)** Y el moribundo señor, ¿qué tal se encuentra?

CLOTILDE- Cada vez peor, afortunadamente. **(RODOLFO se acerca al ABUELO.)**

RODOLFO- Pero vivo aún.

CLOTILDE- Por muy poco tiempo.

RODOLFO- El otro día nos vendieron uno, y una vez pagado salió corriendo como un gamo. Éste no. Tiene un aspecto espantoso. **(Con una risita.)** Se diría que ya está muerto.

EL ABUELO- **(A LA ABUELA.)** ¿Quién es este señor?

LA ABUELA- Una visita.

EL ABUELO- ¿Eh...?

LA ABUELA- **(Muy fuerte.)** ¡Una visita!

EL ABUELO- ¿Para mí?

LA ABUELA.- Sí.

(EL ABUELO **se incorpora y da la mano a RODOLFO; expectación.**)

MIGUEL.- ¿Dónde debo dejar esto... mientras?

CLOTILDE.- Ahí. Tráeme la cena enseguida.

(**MIGUEL deja el violín y sale por el fondo.**)

EL ABUELO.- (A RODOLFO.) Muchas gracias, señor.

RODOLFO.- (A CLOTILDE.) Pero ¿qué es esto?

(EL ABUELO **se derrumba.**)

ENRIQUE.- (**Disculpándose.**) Puros reflejos.

MAURICIO.- El abuelo ha sido siempre un hombre muy educado.

(EL ABUELO **respira fatigosamente.**)

LA ABUELA.- Se está agotando.

RODOLFO.- Menos mal.

(**MATILDE toca el violín.**)

MATILDE.- ¿Es ahí dónde van a llevarle?

(Entra MIGUEL con una bandeja de comida que deja junto a CLOTILDE. Ésta comienza a cenar.)

RODOLFO.- (Sonriente.) Es más discreto que esos horribles ataúdes, ¿no les parece? Idea de mi señora. Enséñaselo, Miguel.

(MIGUEL abre el violín.)

RODOLFO.- (Señalando.) Todo tapizado de raso, ¿ven? Toquen, toquen.

(MATILDE toca, cae una corona de flores de papel con orla y cinta morada.)

(MIGUEL recoge la corona.)

RODOLFO.- (Leyendo.) Recuerdo de tu mujer, tu hija y tus nietos. Como pueden ver, no falta detalle.

(LA ABUELA tapa la cama con el biombo.)

LA ABUELA.- Y hablen más bajo.

(LA ABUELA pasa detrás del biombo.)

(MIGUEL sirve vino a CLOTILDE.)

CLOTILDE.- (A RODOLFO.) ¿Y tú?

RODOLFO.- Ya he cenado. **(A MIGUEL.)** Un poco de café.

(Sale MIGUEL por la rampa del fondo. RODOLFO curiosear la habitación; sobre este armario saca este cajón, etc. MATILDE, ERNESTO y MAURICIO le miran asombrados.)

CLOTILDE- ¿Cenaron bien los niños?

RODOLFO- Muy bien.

CLOTILDE ¿Alfredín también?

RODOLFO- ¿Ya sabes? Una cucharadita por papá, otra por mamá.

CLOTILDE- Pero ¿lo terminó todo?

RODOLFO- Casi. Lloró un poco antes de dormir; yo no sé cuántas veces tuve que sacarle la barba de la boca.

CLOTILDE- Oh, esa manía que le ha dado ahora; algún día se va a ahogar.

RODOLFO- Disculpen que les molestemos con nuestros problemas familiares; supongo que ellos (**Dirigiéndose a MATILDE, señalando a ENRIQUE y MAURICIO.**) serán sus hijos, ¿verdad? Oh, estos niños, cuando llegan a los treinta años se ponen imposibles. ¿Qué tal son?

MATILDE- Muy buenos.

RODOLFO- ¿Y comen bien?

(MAURICIO salta la pasarela y sale por la derecha.)

MATILDE- Disculpen; tiene el genio un poco vivo.

RODOLFO- Ya se le pasará. (**Acaricia la barbilla de ENRIQUE.**) ¿Y éste? ¿Es más buenecito? Así hay que ser, hijo, si quieres llegar a algo. ¿Tú qué quieres ser cuando seas mayor?

(ENRIQUE le aparta violentamente la mano y sale.)

RODOLFO.- Estos jóvenes son todos unos rebeldes (**Mirando hacia el público.**) Pero qué maravilloso paisaje tienen ustedes aquí. Parece uno de esas ciudades antiguas de las que nuestro hijo Lucas se iba antes a escarbar por ahí, ¿verdad, Clotilde? (**Respirando a pleno pulmón.**) ¡Ah, qué suerte tienen ustedes...!

(**Entra MIGUEL con un termo y dos tazas de café sobre una bandeja; se oyen detrás del biombo los sollozos de LA ABUELA.**)

CLOTILDE.- ¿Qué ocurre?

MATILDE.- (**Asomándose al biombo.**) El abuelo ha entrado en la agonía.

RODOLFO.- (**Mirando el reloj.**) Bien, bien; no hay por qué preocuparse, puede tomarse su tiempo; habrán llamado ya a su confesor, naturalmente.

(**CLOTILDE se encoge de hombros. MIGUEL sirve el café a CLOTILDE.**)

RODOLFO.- Pero ¿qué esperan? Vamos, corran. ¡Corran! Por nada del mundo compraríamos un cadáver sin bendecir, ¿verdad, Clotilde?

(**MATILDE sale por la rampa.**)

MATILDE.- (Voceando hacia arriba.) ¡Ernesto...!

ERNESTO.- (**Voz de; fuera, arriba.**) ¿Qué?

MATILDE.- Baja un momento, corre.

ERNESTO.- (**Voz de; fuera, arriba.**) Estoy en la cama.

MATILDE.- Pues vístete enseguida y ven.

(Se oye el ruido de un motor en el aire. CLOTILDE deja de beber café y levanta la cabeza, inquieta.)

(MIGUEL ofrece a RODOLFO su taza de café sobre una bandeja.)

RODOLFO.- (Bebiendo.) ¡Qué vista! Y luego que con los derrumbamientos les ha quedado como una terraza: sólo los árboles de la finca y más árboles en toda la finca que no hacen más que crecer y crecer; y detrás, el muro, la playa y luego el mar hasta el horizonte, fundiéndose a lo lejos con el cielo; ni un latido humano; a mí me asusta horriblemente la soledad. **(A MATILDE.)** ¿A usted no?

(Entrega la taza a MIGUEL; éste se retira.)

(CLOTILDE ha cruzado y pasa por la rampa, mirando hacia la derecha.)

CLOTILDE.- (Mirando hacia el cielo.) Son ellos.

RODOLFO.- ¿A dónde vas, cariño?

CLOTILDE.- Ya están aterrizando.

RODOLFO.- Pero ¿qué ocurre? ¿A qué tanta excitación?

CLOTILDE.- Los muy cochinos.

RODOLFO.- ¿A qué tanta excitación?

(RODOLFO mira también al cielo.)

RODOLFO.- Oh, pero si son...

CLOTILDE.- Y seguramente vienen aquí.

RODOLFO.- ¿Qué vamos a hacer ahora?

CLOTILDE- (**Gritando, muy nerviosa.**) ¿Se muere o no se muere de una vez el moribundo señor?

(**Baja por la rampa de la izquierda ERNESTO. Viene sujetándose aún los tirantes del pantalón.**)

MATILDE- Vete a avisar a Don Demetrio, corre. Y diles a Mauricio y a Enrique que vengan, que el entierro va a ser enseguida.

CLOTILDE- (**A MIGUEL.**) Tómale el pulso.

MATILDE- (**Sollozando.**) En esta casa siempre ha habido hombres para ir delante en los duelos.

(**MIGUEL aparta el biombo y toma el pulso al ABUELO. LA ABUELA se interpone.**)

LA ABUELA.- Mientras esté vivo, es mío y sólo mío.

(**LA ABUELA coloca el biombo nuevamente; quedan ocultos ella y EL ABUELO.**)

MIGUEL.- Apenas cinco minutos.

(**Se oye el ruido de un tambor y una flauta, fuera a la derecha. CLOTILDE se asoma.**)

CLOTILDE- Lo bastante para que esa bruja nos fastidie el negocio.

(**CLOTILDE se sienta rápidamente.**)

RODOLFO.- Ya están aquí.

CLOTILDE.- (Sentándose.) Siéntate, Rodolfo, y come.

RODOLFO.- (Sentándose.) Pero si no queda nada...

CLOTILDE.- Pues haz como si comieras. **(Comen ambos.)**
Y serenidad, sobre todo serenidad.

(Por la rampa, a la derecha, entra ANDREA: cincuenta años, abrigo de pieles, sombrero con gran pluma, muchas pulseras; viene tan cargada de paquetes que apenas se le ve la cara.)

ANDREA.- (Riendo muy fuerte.) ¡Regalos! **(Volviéndose hacia atrás.)** ¡Más fuerte, Romualdo...! **(Continúan andando.)**
¡Regalos para todos! Ten cuidado aquí, querido. Hay un travesaño podrido.

(Entra don ROMUALDO: aspecto imponente, vestimenta impecable; gabán y sombrero, redobla sobre un pequeño tambor de juguete que trae colgado del cuello; en la boca, una flauta, también de juguete. Silba con desgana.)

(Desde el primer momento debe advertirse que ANDREA es la que manda; ambos tienen ese aspecto inconfundible de los nuevos ricos; los dos hablan afectadamente, con gestos acentuadísimos, cursis, queriendo ser refinados; ya ambos están muy conscientes de su importancia, sin noción alguna del ridículo; todo eso se advierte aún más por contraste con doña CLOTILDE y don RODOLFO, cuyas fuerzas se equilibran y cuyas voces son sencillas, refinadas, pero naturales, ligeramente irónicas, y que hablan más con la expresión que con la palabra.)

(A pesar de todo esto, debe cuidarse que don ROMUALDO y doña ANDREA parezcan realmente «nuevos ricos», en modo alguno su caricatura.)

ANDREA.- (A media voz.) ¿Has visto quién está ahí? **(A voces.)** ¡Agustín! ¡Catalina...!

ROMUALDO.- (Lo mismo.) Yo espero fuera. (Toca.)

ANDREA.- No podemos hacerles un desaire. (A voces.)
¡Traemos regalos para todos...!

ROMUALDO.- No me gusta ese Rodolfo. (Toca.) Me da la sensación de que se hace el superior con ese aire de... de gran señor. (Toca.)

ANDREA.- Tú también eres un gran señor, querido. (A voces.)
Hola, Matil, hija, ¿cómo estás?

ROMUALDO.- No me llames querido; soy tu marido.
(Toca.)

MATILDE.- Buenas noches, doña Andrea.

ANDREA.- Pero si todos lo dicen. (A MATILDE.) Ayúdeme,
vengo como una mula.

(MATILDE le ayuda a poner los paquetes sobre la silla.)

ROMUALDO.- Que se lo diga ella a su chófer, que ese
besugo de Rodolfo es una consentido, pero yo, yo... (Toca.)

(Bajan por la rampa de la izquierda CATALINA y
AGUSTÍN.)

CATALINA.- Buenas noches, doña Andrea.

ANDREA.- Hola. (La besa.) ¿Cómo está, Agustín? (Le da la
mano.)

AGUSTÍN.- Buenas.

ANDREA.- Muy buenas, aunque un poco frías. (Da unos
paquetes a AGUSTÍN.) Vete poniéndolo por ahí. (A
ROMUALDO.) Pero, ¡qué haces querido! Anuncia...

ANDREA.- (Como si la viera ahora.) Pero si está aquí doña Clotilde. (Avanza.) ¡Querida...!

CLOTILDE.- ¡Andrea...!

(CLOTILDE se levanta, las dos muy mundanas.)

(AGUSTÍN ayuda a ROMUALDO a descargar la mochila.)

(ANDREA y CLOTILDE se besan.)

CLOTILDE.- No, he venido de compras; llevo más de una hora esperando a que la mercancía esté lista. ¿Conoces a mi marido?

RODOLFO.- (Besándole la mano.) A sus pies, señora.

ANDREA.- Encantada; voy a presentarle al mío. ¿Romualdo, querido?

ROMUALDO.- (Dando la mano.) Hola, Rodolfo.

ANDREA.- Ah, pero si ya se conocían. (Muy bajo.) A ella, bésale la mano.

CLOTILDE.- (Ingenua.) Ah, pero si yo creía que tu marido era el otro señor, (Señalando a MIGUEL.) como siempre os veo juntos.

CLOTILDE.- (Seca.) Es nuestro chófer.

ANDREA.- Con mucho gusto. (Bebe.) Delicioso. ¡Vaya!, pero si no me confundo, este barrio me toca a mí en el reparto.

RODOLFO.- (En voz muy baja.) ¡Psts...! Habla más bajo. (A MAURICIO.) ¿Me haría el favor de darme una silla?

CLOTILDE.- (En voz muy baja.) El que me tocó a mí se ha desmoronado ayer, visto y no visto; cuando llegamos a... ¿eh? aún se oían los gritos entre los escombros.

(Entra MAURICIO con el maletín blanco y dos candelabros que deja sobre la mesilla de noche.)

ANDREA.- ¿Muchos muertos?

RODOLFO.- ¡Muchísimos...!

CLOTILDE.- **(Muy triste.)** Y todos desperdiciados...

(MAURICIO da una silla a RODOLFO, éste se sienta.)

RODOLFO.- **(Muy señor.)** Gracias, puede retirarse.

ANDREA.- A pesar de todo, esto no se hace con una amiga.

CLOTILDE.- ¿Qué quieres? Es la vida.

ANDREA.- Pero Matilde. **(Se levanta y la besa.)** ¿Que haces ahí de pie?

RODOLFO.- **(En voz baja, a CLOTILDE.)** ¿Es que la va a sentar aquí, con nosotros?

CLOTILDE.- **(Lo mismo.)** Déjala, es una ordinaria.

ANDREA.- Hola, Mauricio- **(Le da la mano.)** ¿Cómo está el abuelito?

MATILDE.- Muy pachucho, mire.

(ANDREA se asoma por encima del biombo.)

ANDREA.- Pero miren quién está aquí.

(Pasa detrás del biombo, se oye besar a LA ABUELA, sale y coge del brazo a MAURICIO.)

ANDREA.- **(Cariñosa.)** ¿Verdad que me lo vais a vender a mí? ¿Eh?

(ANDREA y MAURICIO se sientan junto a los demás.)

ANDREA.- Ya ves, Clotilde, que no tienes nada que hacer; es la ventaja de ser conocida. (A CATALINA y AGUSTÍN.) ¿Y ustedes, no pasan?

AGUSTÍN.- Veníamos sólo a ver si nos daba algo.

ANDREA.- Pero claro...

AGUSTÍN.- Le advierto que no tenemos nada que ofrecer.

ANDREA.- Pero ¿qué está diciendo, Agustín? (Con intención.) No soy de esas que toman y dan. (AROMUALDO.) Enséñales los regalos, querido.

ROMUALDO.- (En voz baja.) Tú déjame a mí, hay que saber sembrar.

(ROMUALDO abre uno de los paquetes y saca varios juguetes, AGUSTÍN y CATALINA se miran.)

ANDREA.- Vaya. ¿Qué tal? ¿Es que no les gustan?

CATALINA.- Son preciosos, sí.

AGUSTÍN.- Claro que lo que nosotros queríamos es un poco de...

ANDREA.- (Viéndole venir, cortando.) Les veo un poco tristes.

AGUSTÍN.- Se nos ha caído uno de los niños.

ANDREA.- ¡Qué horror! ¿Una de las dos gemelas?

AGUSTÍN.- No, uno de los niños.

ANDREA.- Menos mal. (Les muestra dos muñecas.) Miren lo que he traído para ellas.

(ROMUALDO saca un oso de peluche.)

ANDREA.- ¿El rubito?

AGUSTÍN.- No, el moreno.

(ANDREA **saca un pequeño avión de madera pintado con purpurina plateada.**)

ANDREA.- ¡Qué lástima! Era para él. Como siempre estaba diciendo que quería ser aviador; guárdalo para lo que venga; si es niña, lo cambiaremos; si lo hubiera sabido hubiera traído flores; unos crisantemos.

(AGUSTÍN **coge los juguetes. CATALINA llora.**)

AGUSTÍN.- Gracias, muchas gracias.

ANDREA.- Pobre madre; llora hija, llora; eso descansa mucho. Tenga mi pañuelo. (**Se lo da.**) Suénese.

AGUSTÍN.- En realidad, era sólo sobrino; nuestros hijos son los otros.

ANDREA.- Ah, vaya. (**Le quita el pañuelo.**) Entonces es distinto.

MATILDE.- ¿Tiene usted hijos?

ANDREA.- Sí y no; tenemos tres perritos pequineses, son preciosos y muy inteligentes, ¡sólo les falta hablar!; y limpios, ¿verdad, Romualdo? A él le chiflan; ya sabe, de esos perritos enanos, de largas orejas, muy peludas. Pero, en realidad, claro, no son hijos míos; soy una mujer frustrada.

CLOTILDE.- Todos tenemos problemas.

ANDREA.- Pero ninguno comparable al mío: todos, todos mis abrigos de pieles, mis joyas, mis millones, mis coches, y todos mis inútiles palacios los cambiaría por... por poder estar así, al menos una vez en la vida. (**Llora.**)

CATALINA.- (**Consolándola.**) Comprendo su dolor; no llore; es terrible lo que nos está sucediendo a todos.

(Comienza a amanecer, luz azulosa.)

AGUSTÍN.- Pero ustedes... tienen comida.

ANDREA.- **(Moqueando.)** Oh, sí, pero desde que esas alimañas impusieron el... tributo... ¡Todos somos iguales!

(CLOTILDE se pone en pie.)

CLOTILDE.- Basta ya, Andrea; esto es jugar sucio. **(A los demás, acusadora.)** Tiene tres hijos, y nada de perritos pequineses; tres mozos como tres castillos.

RODOLFO.- **(Conciliador.)** Modérate, querida.

CLOTILDE.- ¿No ves que lo que quiere es inspirarles compasión para quedarse con el anciano?

RODOLFO.- Oh, no. ¿Cómo iba a pensar una cosa así? Estamos primero. **(A ANDREA.)** Lo siento, señora, pero nosotros también tenemos hijos y debemos luchar por ellos.

(MAURICIO da un fuerte golpe sobre la mesa.)

MAURICIO.- No lo comprendo.

(Todos miran.)

MAURICIO.- ¿Por qué no se van?

(Tensión.)

RODOLFO.- ¿Cómo?

MAURICIO.- ¿Por qué no se van de esta horrible ciudad, teniendo como tienen un helicóptero cada uno?

(Todos respiran, risas nerviosas.)

ANDREA.- Oh... oh... ¡oh...!

CLOTILDE.- Pero qué impulsivos son estos muchachos.

RODOLFO.- ¿Qué saben ellos, los pobres, de la realidad, de la terrible realidad de lo que ocurre?

ANDREA.- Son fuego, fuego...

ROMUALDO.- **(Hablando de espaldas a MAURICIO.)** En todas partes ocurre lo mismo, hijo. ¿Dónde íbamos a ir?

RODOLFO.- Todo el globo terráqueo está invadido por ellas.

CLOTILDE.- No hay ningún lugar donde ir.

ANDREA.- ¿Ya han pensado cómo van a ponerle? Si es una niña, ya saben que pueden disponer de mí, ¿eh?

CLOTILDE.- No sabía que jugaras a sacar niñas de pila, ahora.

ANDREA.- Hay que saber sembrar, hija. Están los tiempos tan difíciles que o crecen y se multiplican ellos, o a saber qué va a ser de nosotros.

(Se oye sollozar a LA ABUELA detrás del biombo; toda su actitud parece decir: «¿Habrá muerto ya?».)

(CLOTILDE hace un gesto a MIGUEL, que pasa detrás del biombo. Regresa. Tensión.)

(Se oye un ruido de campanillas, fuera, a la derecha.)

CLOTILDE.- ¿Se ha muerto ya?

MIGUEL.- Aún no.

(Se oyen los gritos de una bandada de pájaros. Todos miran al cielo.)

RODOLFO.- ¡Pobres...! Todos esos pájaros volando día y noche, gritando aterrados; siempre volando como en una nube negra sobre la ciudad, sin poderse posar jamás porque ellas les devorarían; y cuando alguno cae agotado, cómo se precipitan ellas sobre los cuerpecitos indefensos...

(Grito más agudo de un pájaro que cae; todos siguen su caída con la mirada; las mujeres gritan, se vuelven o se tapan la cara con las manos; agudos gritos en la calle como de lucha disputándose a la presa.)

RODOLFO.- ¿Estás ofendido porque contesté a tu pregunta?

ROMUALDO.- Algo de eso hay. Parece mentira que no acabes de decidirte: es una oportunidad única.

RODOLFO.- Míralas. **(Señala hacia abajo. Grito. Se estremece.)** No comprendo como aún puedes pensar en esas cosas...

ROMUALDO.- Te digo que sería el mejor negocio de nuestra vida.

RODOLFO.- Pero si no hay más que ruinas. **(Señala hacia el público.)**

ROMUALDO.- Pero ¿y los terrenos?, ¿eh? No valen cuatro perras pero de aquí en adelante, de aquí a diez años... ¿eh?

RODOLFO.- ¿Un año? Ni siquiera sabemos si llegaremos a mañana.

ROMUALDO.- No me digas que te has dejado contagiar por ese histerismo; sólo las mujeres y niños tontos caen en la trampa.

(CLOTILDE y AMADEO les escuchan.)

ANDREA.- Él siempre a lo suyo: negocios... negocios y negocios...

RODOLFO.- ¿Histerismo? ¿Las oyes? ¡Pero mira para abajo! ¡Qué panorama...!

ANDREA.- (Muy orgullosa.) No sabes que mañana le van a poner más condecoraciones.

CLOTILDE.- (Superior.) Qué suerte tienes: yo, como cuando me casé con mi marido y a se las habían dado todas...

ROMUALDO.- Escucha: una de dos, o moriremos todos y entonces nada hemos perdido, pues lo perderemos todo; o no morimos todos, y entonces bien pudiera ser que nosotros quedáramos entre los supervivientes, y en ese caso imagínate que tú y yo hemos comprado esos terrenos y que...

(Golpe de campanillas fuera, a la derecha, más cerca.)

ROMUALDO.- Cuando la normalidad se restablezca...

RODOLFO.- Pero ¿cuándo va a establecerse?

ROMUALDO.- No sé, pero todo esto no puede durar mucho; o nos comen ellas o las comemos nosotros.

RODOLFO.- (Convencido, muy fúnebre.) Nos comen ellas.

(Entra ENRIQUE con una vela encendida y una bandeja de platos pequeña.)

ROMUALDO.- (Confidencial.) Sé de buena tinta que en los laboratorios secretos están preparando una nueva droga; si la consiguen antes de que ellas consigan apoderarse de todo, bastará cargar en una avioneta dos o tres toneladas de esa droga; un vulecito y... **(Hace un gesto.)** la ciudad limpia.

(Entra por la derecha DON DEMETRIO; trae la comunión. Detrás, entra ERNESTO.)

RODOLFO.- ¡Pero si es todo el país el que...!

ROMUALDO.- Mil toneladas. **(Gesto.)** El país limpio.

(Todos se arrodillan. MAURICIO aparta un poco el biombo. DON DEMETRIO, ENRIQUE y ERNESTO llegan junto a la cama del ABUELO. MAURICIO corre nuevamente el biombo.)

ROMUALDO.- Un millón de toneladas. **(Gesto.)** El mundo, limpio.

RODOLFO.- ¿Te imaginas?

(Se oye detrás del biombo murmullo de rezos, la voz de DON DEMETRIO que dice: «Sed liberanos a malo», dentro contesta ERNESTO: «Amén». RODOLFO y ROMUALDO se levantan y pasan por la rampa de primer término; los demás continúan de rodillas.)

ROMUALDO.- ¡Y pensar que por cuatro perras podríamos...!

RODOLFO.- **(Suspica.)** ¡Tú me ocultas algo!

ROMUALDO.- ¿Por qué iba a ocultarte nada?

RODOLFO.- Estás demasiado seguro. Hablando contigo...

ROMUALDO.- ¿Qué?

RODOLFO.- No sé. Respiras confianza en el futuro. Es que sabes algo de...

ROMUALDO.- ¡Calla...!

RODOLFO.- O sea, que es cierto.

ROMUALDO.- ¿Qué?

(Los dos miran a todas partes con mucho misterio.)

ROMUALDO.- (Al oído.) Que... todo es mentira...

(Gestos de asombro de RODOLFO; saca sus gafas y mira hacia el vacío.)

(Sale LA ABUELA de detrás del biombo.)

LA ABUELA.- Dice el abuelo que si podríamos darle un poco de café.

(CLOTILDE mira a ANDREA; ésta afirma con la cabeza.)

RODOLFO.- Dáselo, Miguel.

CLOTILDE.- (Al oído de ANDREA, a la que se ha acercado andando de rodillas.) A lo mejor le reanima.

RODOLFO.- (Señalando hacia el vacío.) Pero si estoy viéndolas.

ANDREA.- (Que ha oído a CLOTILDE.) Es ya el frío de la muerte.

ROMUALDO.- ¿Y si no se tratara nada más que de un espejismo? Ya sabes lo que ocurre en los desiertos: (Con gesto de esperanza.) uno cree ver agua, (Con gesto de desesperanza.) ...y resulta que es petróleo.

(MIGUEL sirve la taza de café, que entrega a LA ABUELA.)

RODOLFO.- Pero ¿entonces todos esos gritos y todas estas... estas...?

ROMUALDO.- Invenciones de nuestros enemigos.

(**RODOLFO le mira parpadeando mucho.**)

ROMUALDO.- Para meternos miedo.

(**LA ABUELA desaparece detrás del biombo.**)

RODOLFO.- Entonces, ¿tú no tienes miedo?

ROMUALDO.- (**Temblando.**) Nada.

RODOLFO.- La verdad.

ROMUALDO.- Mucho, pero entretanto, procuro aprovecharme por si acaso...

(**Golpe de campanillas detrás del biombo.**)

RODOLFO.- Pero ¿por qué iban a inventar una cosa tan horrible para meternos miedo? ¿Con todo el que teníamos ya antes, no era suficiente?

RODOLFO.- Tienes razón. Es un complot. Hemos tenido siempre fuera muchos enemigos. ¿Tú has oído hablar de la guerra bacteriológica? Pues esto es peor aún.

ROMUALDO.- Te digo que son fantasmas.
(**Estremeciéndose.**) Ellas... no existen.

(**Gritos agudísimos abajo.**)

RODOLFO.- No, son reales, bien reales, y lo tenemos bien merecido, todo iba demasiado bien; tenía que ocurrir esto o algo parecido...

(**Golpe de campanillas, etc.**)

RODOLFO.- Y pensar que tenía ya en mis manos la mitad de los bancos de la ciudad...

ROMUALDO.- Y yo la otra mitad de árboles...

RODOLFO.- (Temoroso.) No habrá sido castigo del...
(Señala hacia arriba con un dedo temblón.)

(Golpe de campanillas, RODOLFO se estremece.)

ROMUALDO.- No, yo lo hubiera sabido; ya sabes que tengo hipotecada la mitad de... (Señala hacia arriba.) Tampoco marchan bien las cosas allá arriba. Aviones, sí hay, pero ¿dónde aterrizar? Ése es el problema.

(Entran por la derecha, por la rampa de primer término, los dos ciegos, MANUELA y CRISPÍN.)

MANUELA.- ¿Tú crees que nos alojarán?

CRISPÍN.- Déjame a mí. (A voces.) ¡Jooaaaaquinaaa...!

(MATILDE se levanta y viene hacia el borde de la casa.)

MATILDE.- Silencio.

CRISPÍN.- Hola, Matilde.

MATILDE.- ¿Qué hay, Manuela? Hola Crispín. (Ellos lloran.) ¿Qué queréis?

CRISPÍN.- Cuando llegamos al asilo, se había derrumbado.

MATILDE.- Ya. ¿Y qué queréis?

MANUELA.- No nos podríamos quedar en vuestra casa mientras encontramos algo?

MATILDE.- No

MANUELA.- Sólo unos días.

MATILDE- No hay sitio.

MANUELA- Es sólo por unos días.

MATILDE- Escucha...

(Murmullo de rezos detrás del biombo. MATILDE se arrodilla.)

CRISPÍN- **(Voceando.)** ¡Treinta iguales para hoy y...!

MANUELA- Calla.

CRISPÍN- ¿Quién quiere un bonito capicúa?

MANUELA- Por Dios, calla.

MATILDE- ¡Silencio!

MANUELA- **(En voz baja.)** No te molestes, nadie va a comprarte los cupones.

CRISPÍN- ¿Por qué?

MANUELA- Todos saben que desde hace meses no hay sorteo.

CRISPÍN- Eso es mentira.

MANUELA- ¿Por qué te engañas a ti mismo? ¿O es a mí a quien quieres engañar?

(Se sientan ambos; las piernas colgando sobre el vacío.)

CRISPÍN- El trescientos treceee...

MANUELA- ¡Otra vez ese número!

CRISPÍN- Me gusta.

MANUELA- Llevas treinta años anunciándolo, y en realidad nunca lo has tenido.

CRISPÍN- Me gusta.

ANDREA.- ¡Hablen más bajo, por favor!

CRISPÍN.- Debe haber un enfermo.

MANUELA.- Será la pobre Joaquina, me han dicho que está muy acabada; si supieras qué vivaracha era.. Ya sabes que fuimos juntas a la escuela y o... **(Tiene un estremecimiento.)**

CRISPÍN.- **(En voz baja.)** ¿Qué te ocurre?

MANUELA.- No deberíamos pararnos. **(Con voz trémula.)**
Algún día nos cogerán...

CRISPÍN.- Pero si en realidad no ocurre nada.

MANUELA.- Dicen que ellas lo han ocupado todo y por eso...

CRISPÍN.- Pero nosotros no podemos verlas, quizá nos están engañando.

(Gritos abajo.)

MANUELA.- ¿Es que no las estás oyendo?

CRISPÍN.- Oh, ese ruido es fácil de imitar.

MANUELA.- ¿Para qué iban a hacerlo?

CRISPÍN.- Para que no nos movamos; para que nos quedemos en un rincón y allí nos muramos de frío en silencio.

MANUELA.- Pero ¿qué daño podemos a nadie dos pobres ciegos?

CRISPÍN.- A los otros no les gusta ver el espectáculo de nuestra desgracia.

MANUELA.- Al contrario. Escucha: como ellos no son felices le encanta vernos... ¿comprendes? Ellos nos ven. Eso les hace sentirse mejor, superiores, por eso nos tratan con tanto cariño. El rato que nos compadecen dejan de compadecerse a ellos mismos. Ya verás cómo nos admiten, bobo, ten confianza.

ROMUALDO.- Te voy a enseñar sobre el terreno lo que podríamos edificar después.

(Salen de detrás del biombo DON DEMETRIO y ERNESTO; éste lleva la vela encendida, la campanilla, el mantel y la bandeja. Ambos suben por la rampa de la izquierda; salen detrás CATALINA y AGUSTÍN.)

ANDREA.- (Esperanzada.) ¿Es que hay cerca algún otro moribundo?

MATILDE.- No, es una señora de la casa de al lado, a la que le falta una pierna; tenía una artificial, pero la había empeñado cuando empezó todo; sus hijos han ido algunas veces a buscar entre los escombros del Monte de Piedad, pero no han podido encontrar nada aún.

CLOTILDE.- Bueno, acabemos de una vez; ofrezco el doble que ella.

ANDREA.- Pero ¿es que te has vuelto loca?

CRISPÍN.- Llámala tú, mejor.

ANDREA.- (A CLOTILDE, confidencial.) Si sigues así, se van a dar cuenta y querrán la luna.

CLOTILDE.- Se la damos y ya está.

MANUELA.- ¡Joaquinaaa...!

ANDREA.- Tú no conoces cómo es esta gente, puesta a pedir.

CLOTILDE.- Que pidan lo que quieran Tengo mucho más dinero que tú.

ANDREA.- De sobra sabes que no se trata de dinero. **(Gesto de dinero.)** sino **(Gesto de comer.)**

CLOTILDE.- ¿Recuerdas la pequeña casa de la servidumbre al fondo del parque? La tenemos repleta de comestibles, hasta el tejado.

ANDREA.- ¿Es que quieres arruinarme?

CLOTILDE.- Hay palabras que tus labios no debían pronunciar, querida.

(Sale LA ABUELA detrás del biombo, todos se miran, tensión.)

LA ABUELA.- Quiere un poco de coñac.

ANDREA.- Escucha, Clotilde: es absurdo que nos hagamos la competencia.

CLOTILDE.- No.

(MIGUEL entrega a MAURICIO la botella de coñac.)

LA ABUELA.- ¿Josefina, estás ahí? Te he oído hablar, ¿es que ya no quieres saber nada con los viejos amigos?

(LA ABUELA mira a los ciegos. Gesto. Una idea ha cruzado por su mente, viene a la rampa.)

LA ABUELA.- (Muy cariñosa.) Pero si son Manuela y Crispín.

(MAURICIO pasa detrás del biombo.)

ANDREA.- ¿Y si lo echáramos a suerte?

CLOTILDE.- No.

MANUELA.- Hola, Joaquina. ¿Qué tal tu reuma?

LA ABUELA.- Mejor, mucho mejor.

ANDREA.- Entonces ¿nos lo jugamos al tute?

CLOTILDE.- Eso es otra cosa. (A MIGUEL.) Las cartas.

(MIGUEL saca un tapete verde y unas cartas que coloca sobre la mesa.)

CRISPÍN.- ¿Qué tal el gruñón de tu marido? Hace un montón de tiempo que no echamos una parlada.

MANUELA.- (**Inquieta.**) ¿Es que está enfermo?

(**CLOTILDE y ANDREA se han sentado y juegan.**)

LA ABUELA.- Oh, no; un poco resfriado tan solo, ahora duerme.

CLOTILDE.- Pero sin trampas, ¿eh?

ANDREA.- Mujer, si me conoces.

CLOTILDE.- Porque te conozco lo digo.

MANUELA.- Verás, Joaquina, se trata de algo que... en fin, hace sesenta años que somos amigas y...

LA ABUELA.- Pero decid con toda confianza.

MANUELA.- No tenemos a donde ir, Joaquina.

(**ENRIQUE viene junto a LA ABUELA.**)

MAURICIO.- ¿Ves lo que has hecho? Les hubiéramos podido sacar una fortuna. Ahora la que nos gane nos dará una miseria y nos tendremos que aguantar.

(**LA ABUELA le hace gesto de que se calle.**)

MANUELA.- Tu marido y el mío han sido siempre muy amigos; y ya recordará que fuimos padrinos de vuestra boda. Cuántos años de esto, ¿verdad?

(**LA ABUELA ha llegado junto a ANDREA y CLOTILDE, llama su atención y señala hacia los ciegos.**)

MANUELA.- Ya sé que os queda poco sitio, pero ¿no podrías recogerlos en vuestra casa?

(CLOTILDE y ANDREA se **ponen en pie. Ruido de sillas.**)

MANUELA.- ¿Qué ocurre?

CLOTILDE.- ¡Rodolfo...!

CRISPÍN.- ¡Joaquina!

ANDREA.- ¿Romualdo?

MANUELA.- ¿Dónde estás, Joaquina? ¡Joaquina...!

(**Entran por la derecha RODOLFO y ROMUALDO. CLOTILDE y ANDREA señalan a los ciegos. Todos miran en silencio.**)

MANUELA.- ¡Qué silencio!

CRISPÍN.- Cuando no oigo voces, ni pasos, cuando hasta ellas callan, temo que...

MANUELA.- ¿...que alguien venga y...?

CRISPÍN.- Calla.

MANUELA.- ¿... y nos arroje abajo?

CRISPÍN.- Oh, no; eso sabemos que terminarán haciéndolo, y es lógico, ya no servimos para nada...

MANUELA.- ¡Joaquina...!

CRISPÍN.- Déjala.

MANUELA.- Dime una cosa. Es por eso por lo que llevas los cupones, ¿verdad? ¿Para infundirme valor a mí y dar la sensación de que aún somos útiles?

(CRISPÍN se levanta y ayuda a MANUELA a ponerse en pie.)

MANUELA.- ¡Jooooaaquinaaa...!

CRISPÍN.- Dame la mano.

MANUELA.- Pero, ¿dónde está Joaquina?

CRISPÍN.- Déjala, ha debido irse.

MANUELA.- ¿Crees que... no nos admitirá?

CRISPÍN.- Qué importa, nos sobran sitios donde ir, tenemos muchos amigos.

MANUELA.- ¿Por qué quieres engañarme? No tenemos un solo amigo; no hay en...

(Inicia la salida por la derecha. RODOLFO se interpone en la salida.)

RODOLFO.- Deme diez cupones, buen hombre.

CRISPÍN.- Tenga.

(Va a dárselos, MANUELA se los quita.)

MANUELA.- No.

RODOLFO.- ¿Por qué?

MANUELA.- No sirven, son falsos.

(MANUELA rompe los cupones y arroja los trozos al vacío.)

MANUELA.- Deme la mano.

(Van hacia la izquierda. ROMUALDO cruza rápidamente y se interpone en la salida.)

ROMUALDO.- ¿Quieren que les ayude?

CRISPÍN.- No, muchas gracias.

ROMUALDO.- Es que... el camino está cortado.

(Andan hacia la derecha.)

RODOLFO.- Y ...por aquí también.

MANUELA.- ¿Has oído?

CRISPÍN.- Pero si hemos venido por ahí no hace media hora...

ROMUALDO.- Acaba de desmoronarse.

MANUELA.- Nos quieren arrojar abajo, es eso.

CRISPÍN.- No seas desconfiada, mujer.

MANUELA.- **(Gritando.)** ¡Joaquinaaaa...!

CRISPÍN.- ¡Eusebio!

MANUELA.- Matilde, Mauricio, Ernesto, ¿dónde estáis?

CRISPÍN.- Venid, venid pronto, hay dos hombres que...

LA ABUELA.- Pero ¿por qué gritáis así?

CRISPÍN.- Ya ha vuelto.

MANUELA.- Tenemos mucho miedo.

CRISPÍN.- Había dos hombres que...

LA ABUELA.- Los he hecho venir yo, ellos os guardarán en su casa; aquí, ya sabéis: esto es muy pequeño, apenas hay sitio para nosotros.

CRISPÍN.- Pero ¿son de confianza?

LA ABUELA.- De toda confianza, dos señores muy amables.

MANUELA.- (En voz muy alta.) No me fío.

CRISPÍN.- (Lo mismo.) No tenemos donde escoger.

ROMUALDO.- (Muy amable.) Entonces, ¿se deciden?

CRISPÍN.- Si Joaquina dice que son amigos de ella...

MIGUEL.- Permítame, señora; la llevaré en brazos. (La coge en brazos.) El camino está muy peligroso.

ROMUALDO.- (Cogiendo en brazos a CRISPÍN.) Agárrese con fuerza.

(MIGUEL cruza hacia el fondo con MANUELA y ROMUALDO en primer término derecha.)

CRISPÍN.- ¿Estás bien, Manuela?

MANUELA.- Muy bien, ¿y tú?

CRISPÍN.- Pero ¿es que no nos llevan juntos?

ROMUALDO.- Uno en cada casa.

MANUELA.- ¡No!, ¡no!, ¡yo quiero estar con él! ¡Suélteme!

CLOTILDE.- (A MATILDE.) Volveremos mañana a buscar al abuelo. (A RODOLFO.) Recoge el resto de la comida.

MAURICIO.- Pero dénoslo a cuenta.

CRISPÍN.- (Voz de; fuera, a la derecha.) ¡Manuela!

(RODOLFO recoge todo lo del maletín.)

MANUELA.- (Voz de; fuera, al fondo.) ¡Crispín!

CLOTILDE.- Amordazad a los dos. ¡Nada de escándalos!

ANDREA.- (A MATILDE, muy cariñosa.) Prométame que nos reservarán al abuelito, ¿eh? (Le da una tarjeta.) Esta es nuestra tarjeta. Se la prenden en la solapa como señal de que ya está adquirido.

MATILDE- Imposible. (**Despidiéndose de ANDREA con un rápido beso.**) Adiós, querida, me ha ocurrido ya tres veces, dejar el tipo moribundo y al volver encontrármelo bailando encima de la mesa y toda la familia cantando y batiendo palmas.

RODOLFO.- Buenas noches a todos. Aquí tienen nuestra dirección. (**Se arrepiente.**) Pero ¡qué tonto! Olvidaba que ustedes no pueden volar.

ANDREA.- Confidencia por confidencia, los hay que se fingen enfermos.

(Sale RODOLFO por el fondo.)

ENRIQUE- Pero, ¿es que vamos a consentírselo?

ROMUALDO.- (**Voz de; fuera**) ¡Andreaaa...!

MAURICIO.- (**Conteniéndose.**) Déjales, no es posible hacer nada.

RODOLFO.- (**Voz de; fuera, al fondo.**) Vamos, date prisa, Clotilde, está amaneciendo.

CLOTILDE- No es posible.

ANDREA.- Como lo oy es.

(CLOTILDE sale por el fondo. ANDREA, por primer término derecha.)

CLOTILDE.- (**Voz de; fuera, al fondo.**) ¡Qué falta de principios!

ANDREA.- (**Voz de; fuera, a la derecha.**) Se lo digo yo, el mundo está lleno de estafadores.

MATILDE.- (**Voz de; fuera, al fondo.**) Habría que vigilar más estas casas; es una inmoralidad.

(Ruido de helicóptero que despega.)

MAURICIO.- (Entre dientes.) Cuando las cosas vuelvan a su sitio, os arrepentiréis de esto.

(Despega el otro helicóptero.)

MATILDE- ¿De qué? ¿De no haberse llevado al abuelo?

(LA ABUELA aparta el biombo tan violentamente que cae al suelo; se sube sobre la cama y da saltos de alegría; MAURICIO mira por primer término derecha; ENRIQUE por el fondo; MATILDE ve un paquete caído en el suelo, lo coge y lo guarda para ella sola.)

LA ABUELA.- (Riendo, besa al ABUELO.) ¡Salvados...!
¡Estamos salvados...! ¡Libres! ¡Al fin libres...!

(El ruido de los helicópteros se pierde a lo lejos.)

(Oscuro y telón rápido.)